

NO SERÁ ASÍ ENTRE VOSOTRAS
(Mt 20,26)

UISG BOLETÍN

NÚMERO 152, 2013

PRESENTACIÓN	2
PERSPECTIVAS POSTERIORES AL CONCILIO VATICANO II SOBRE EL LIDERAZGO RELIGIOSO <i>Hna. Mary John Mananzan, OSB</i>	4
LA AUTORIDAD EN LA BIBLIA <i>Prof. Dr. Bruna Costacurta</i>	18
COMPAÑERISMO DE GRACIA: UNA METÁFORA PARA EL LIDERAZGO RELIGIOSO DE HOY <i>Hna Mary Pat Garvin, R.S.M., Ph.D.</i>	29
EL EJERCICIO DE LA AUTORIDAD EN UNA COMUNIDAD ADULTA <i>Hna. Charlotte Sumbamanu, STCJ de Kinshasa</i>	44
LA AUTORIDAD DE LOS QUE SUFREN <i>Hna. Martha Zechmeister, CJ</i>	59
ORIENTACIONES PARA LA MISIÓN DE LA UISG 2013-2016	72
DISCURSO DEL PAPA FRANCISCO	74

Este número del Boletín UISG pretende recoger lo que ha sido la **XIX Asamblea Plenaria de la UISG 2013** (3-8 Mayo) que es el evento central de la Unión, que hace posible a cada tres años el encuentro de las convocadas a una misma misión, el compartir hondo de su experiencia y el trazar un camino para seguir avanzando unidas en el seguimiento al servicio del mundo de hoy.

El tema elegido esta vez era una fuerte denuncia evangélica, “*¡No ha de ser así entre vosotras!*”, e invitaba a replantearse el modo de ejercer el liderazgo confiado a cada una de las presentes por las hermanas de su congregación.

Las conferencias, una cada día, seguían una secuencia clara sobre el tema de la autoridad según el evangelio:

1. Una mirada a los 50 años transcurridos para ver las perspectivas que el Vaticano II ha aportado en el tema de la autoridad. Fue la filipina **H. Mary John Mananzan** la que presentó los principios destacados por el Concilio (participación, colegialidad, subsidiariedad) y que dieron lugar a los modelos de liderazgo que fue presentando.
2. La segunda ponencia enfocó el servicio de la autoridad desde la Biblia y estuvo a cargo de la profesora de la Gregoriana **Bruna Costacurta**. Con gran fuerza expresiva presentó dos figuras bíblicas, el rey ideal según el Deuteronomio, y la reina Esther como modelo de la fuerza de la debilidad hasta disponerse a dar la vida por su pueblo.
3. A estas dos miradas, histórica y bíblica, siguió la pregunta central sobre la *misión* de la autoridad. La norteamericana **H. Mary Pat Garvin** respondió con una metáfora llena de riqueza, ser como Jesús una compañía de gracia (*graced companionship*) que fue describiendo como un estimular y liberar toda la energía latente para el discipulado a través de la calidad relacional.
4. La cuarta ponencia, a cargo de la congoleesa **H. Charlotte Sumbamanu**, subrayaba dos aspectos ineludibles hoy en el ejercicio de la autoridad: *en comunidad* y *adulta*, quedando descalificados estilos personalistas y que impiden el pleno desarrollo de las personas.
5. La **H. Marta Zechmeister**, una austriaca profesora en la UCA en el Salvador, marcó la orientación de la autoridad, presentando con fuerza la autoridad de los que sufren como mediación inequívoca de la voluntad de Dios. Una llamada a acercarnos a la realidad de nuestro mundo y cuestionar los poderes que lo afligen.

Cada una de las ponencias, escuchadas mediante traducción a 12 lenguas diversas, iba seguida de silencio para la asimilación personal, un espacio para compartir en grupos y un diálogo con la ponente. Imposible describir toda la riqueza vital que en estos momentos iba aflorando. Unas atentas “escuchadoras” trataban de recoger el aire del Espíritu que se percibía en la magna asamblea hasta llegar a elaborar unas *Orientaciones para la Misión UISG 2013-2016* que pretenden iluminar el caminar de los próximos años.

Hubo además otros informes y comunicaciones complementarias que no podemos incluir en este Boletín, pero no queremos dejar de destacar la importancia que tuvo un coloquio abierto con el **Cardenal Braz de Aviz**, prefecto de la CIVCSVA que fue respondiendo con gran sencillez y espontaneidad a las variadas preguntas de las superiores generales. Muy interesante el contenido e imborrable la imagen de un responsable vaticano de la Vida religiosa que la valora y estimula, que confía en ella y que está abierto al diálogo.

La asamblea tuvo su punto culminante en el encuentro de las participantes con el **Papa Francisco** que nos regaló su presencia y su palabra en el aula Pablo VI un poco antes de la audiencia pública en la plaza San Pedro. Hubo una acogida clamorosa y una escucha atenta a su mensaje profundo, certero y envuelto en la novedad y sencillez de su estilo evangélico.

Dos días después (9 y 10) tuvo lugar el *Consejo de las Delegadas UISG* que, además de otras funciones estatutarias, tenía como finalidad la elección del nuevo *Consejo Directivo* para el trienio. El nuevo equipo es muy internacional y se dispone a recoger la energía latente en los días de la Plenaria y a darle cauce y acompañamiento.

PERSPECTIVAS POSTERIORES AL CONCILIO VATICANO II SOBRE EL LIDERAZGO RELIGIOSO

Hna. Mary John Mananzan, OSB

La Hna. Mary John Mananzan es Benedictina misionera. Obtuvo el título de Doctora en Filosofía – especialidad en filosofía lingüística – en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, y una Licenciatura en Misiología en la Wilhelmsuniversitaet de Munster, Alemania.

Da conferencias y anima en más de 50 países seminarios de espiritualidad eco-feminista-creacionista, problemáticas de la mujer, globalización y educación transformadora, y contribuye activamente al desarrollo de una teología específica del Tercer Mundo.

Original en Inglés

Introducción

El 11 de octubre de 2012, se celebró el 50ésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II. Es realmente uno de los más grandes eventos en la historia de la Iglesia. La Iglesia en su conjunto ha experimentado cambios revolucionarios y muy positivos como resultado del Concilio Vaticano II: cambios litúrgicos, sociales, culturales y económicos. Christine Moulton de *Salt Lake Tribune* escribe: ***el Vaticano II es considerado el Concilio más importante de la iglesia en los últimos siglos, no porque declaró nuevas doctrinas, sino porque cambió la forma en que la fe se acopla con el mundo moderno.*** (cfr. the Internet: Huff Post: RELIGIÓN) Abrió las ventanas de la Iglesia para que entre el aire fresco (aunque algunos críticos piensan que también dejó entrar huracanes.) Realizó cambios fundamentales en la forma en que Iglesia está organizada y gobernada, así como también en su relación con otras religiones y con el mundo secular. No hay dudas de que los religiosos, y especialmente las religiosas, experimentaron el gran impacto del Concilio Vaticano II que cambió radicalmente la comprensión de sí mismos y de su estilo de vida.

Aunque el Vaticano II no ha producido ningún documento específico sobre el liderazgo religioso, introdujo conceptos en diferentes documentos que influyeron enormemente en la percepción que se tiene del liderazgo religioso.

Influencia del Vaticano II sobre la comprensión del liderazgo religioso

1. Participación

Sin lugar a dudas, la Iglesia se halla todavía muy jerarquizada. Sin embargo, el Concilio Vaticano II trató de fomentar una mayor participación de los miembros de base. El Vaticano II entiende a la Iglesia como “comunidad” de miembros que comparten una visión y una tarea común: convencer a la gente del mundo entero sobre el amor de Dios y señalar a Cristo como el ejemplo de cómo amarlo y servirlo. En esta Iglesia, los laicos no son espectadores pasivos, como lo han sido durante mucho tiempo, sino que han sido animados a ser trabajadores activos en la viña del Señor.

Esto requiere un cambio en los líderes religiosos, en la comprensión de su rol y de su estilo de gobierno. A partir del estilo altamente centralizado y monárquico se desarrolló, al menos en algunas congregaciones, una estructura más circular y una apertura a escuchar a los miembros de base de la comunidad. Se introdujeron diálogos y se comenzaron a practicar asambleas comunitarias. En muchas comunidades, el término “Superior” ya no se utiliza y es substituido con términos como “Coordinador”, “Moderador”, etc. Aquí usaré aún la palabra Superior, ya que todavía está siendo utilizado por la gran mayoría de las comunidades religiosas.

2. Colegialidad

Wikipedia describe la colegialidad en la Iglesia Católica Romana de la siguiente manera: la “*Colegialidad*” se refiere a la doctrina sostenida por Iglesia Católica Romana en virtud de la cual los obispos del mundo, considerados en su conjunto (el Colegio Episcopal) comparten la responsabilidad de la gestión y la atención pastoral de la Iglesia con el Papa. Esta doctrina fue enseñada explícitamente por el Concilio Vaticano II, a pesar de que se basa en enseñanzas anteriores al mismo. Uno de los cambios más importantes del Concilio Vaticano II fue el de fomentar las conferencias episcopales (conferencias de obispos).

En el liderazgo religioso, esto se expresó en la toma de decisiones colectivas hechas por los Superiores Generales y sus Consejos, las Abadesas y las Prioras Provinciales con sus Consejos respectivos. A nivel local, las

superiores también convocan asambleas comunitarias para discutir y decidir sobre las cuestiones que afectan a sus comunidades o sus apostolados.

3. Subsidiariedad

La subsidiariedad es un principio de organización por el cual los asuntos deben ser manejados por la autoridad competente más pequeña, menos centralizada o de menor autoridad. Las decisiones políticas deben ser tomadas a nivel local, si es posible, en lugar de ser tomadas por una autoridad central. (Lew Daly (08/01/2010). "La Economía de Dios". El diario *Financial Times*. Consultado el 25/01/2010.) El Diccionario de Inglés Oxford define la subsidiariedad como la idea de que una autoridad central debe tener una función subsidiaria, realizando aquellas tareas que no pueden llevarse a cabo eficazmente en un nivel más inmediato o local.

En el liderazgo religioso esto significa que los superiores de mayor rango permiten a los superiores locales o inferiores decidir los asuntos de su área de jurisdicción y no interfieren, a menos que se les pida. Esto evita la micro-gestión que es desmoralizante para los funcionarios de menor rango y es una pérdida de energía para los superiores mayores. La micro-gestión también puede alentar a los miembros a pasar por encima de sus superiores inmediatos e ir directamente a la máxima autoridad, lo que es perjudicial para todo el sistema.

4. Rendición de cuentas

Aunque no se hace mención específica de una rendición de cuentas en los documentos del Vaticano II, los tres primeros principios de participación, colegialidad y subsidiariedad incluyen necesariamente la rendición de cuentas de los líderes. Esto quiere decir abandonar el tipo de liderazgo de la monarquía absoluta, en el que los líderes son sólo responsables ante Dios y ante sí mismos y no ante sus circunscripciones.

Con la nueva comprensión de la Iglesia como una comunidad con una visión y responsabilidad comunes, el Vaticano II obliga a los líderes religiosos a rendir cuentas a los miembros de sus comunidades. En las comunidades religiosas, los capítulos generales y provinciales incluyen informes de las más altas superiores a sus miembros sobre la forma en que han cumplido con la visión-misión de las congregaciones o las resoluciones y recomendaciones de los capítulos anteriores.

Modelos de liderazgo religioso post Vaticano II

Ahora me gustaría describir en detalle tres modelos de liderazgo que se vieron influidos por los principios descritos anteriormente y que tienen

sus raíces en el Concilio Vaticano II.

I. Liderazgo de servicio

A. Origen del Término

El término “liderazgo de servicio” se popularizó en la década de los ’70, justo después de la clausura del Concilio Vaticano II. Los términos “liderazgo de servicio” y “Líder Siervo” fueron acuñados por Robert K. Greenleaf en 1970. Él acuñó esta frase en su ensayo “*El Siervo como líder*”. Greenleaf trabajó mucho tiempo en AT&T y pasó la mayor parte de su carrera en los estudios de gestión, desarrollo de la gestión y formación en gestión. Después de trabajar en AT&T comenzó una carrera como conferenciante invitado y asesor de gestión de muchas empresas, universidades, iglesias y organizaciones no lucrativas. En 1964 fundó la organización internacional sin fines de lucro denominada Centro de Ética Aplicada, que cambió su nombre por *El Centro de Liderazgo de Servicio Robert K. Greenleaf* en 1985.

La idea de su ensayo, “El Siervo como Líder”, le vino al leer “Viaje al Oriente” de Herman Hesse. La historia trata de un grupo que se embarcó en un viaje mítico. El personaje principal de esta historia es Leo. Leo es el compañero y siervo del grupo, pero que de algún modo sostiene al grupo con su espíritu y que crea en ellos un sentido de bienestar. Todo va bien hasta que Leo desaparece; el grupo se descompone y el viaje tiene que ser interrumpido prematuramente. El grupo no puede existir por más tiempo sin Leo, su siervo. Después de leer esta historia Greenleaf llegó a la idea de que un buen líder es ante todo un siervo. Un buen líder debe ser un buen servidor. A partir de allí escribió su ensayo *El siervo como líder*. Pero su idea también le vino de su herencia cristiana y, consciente o inconscientemente, del Concilio Vaticano II:

Pese a que sus términos son seculares, su definición de liderazgo es la declaración más clara de su creencia de que las necesidades de los seguidores son sagradas y legítimas, y de que el uso que los líderes hacen del poder surge del consentimiento de los seguidores. Greenleaf estaba muy centrado en la acción y los fines, y mantuvo una actitud sabática en lo que respecta a la vida organizacional. Como Cristo, que dijo: “El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado” Greenleaf creía que las instituciones deben servir a la gente. También sintió que él estaba en el umbral de un momento histórico importante, de un cambio de paradigma en la respuesta colectiva a la autoridad formal estadounidense. (Wikipedia, Robert Greenleaf)

B. Raíces Bíblicas del Liderazgo de Servicio

Hay fundamentos bíblicos para el concepto del líder siervo. La palabra “siervo” viene de la palabra hebrea “eved”, que originalmente significaba esclavo, pero que evolucionó hasta llegar a significar “alguien en quien se confía”. En Isaías, capítulo 52, el “siervo de Yahvé” se identificó con 1) la nación de Israel que sirve a Dios. 2) el resto fiel del pueblo que sirvió a Dios en los momentos difíciles y 3) el Mesías que fue el siervo sufriente.

En el Nuevo Testamento, Jesús se identificó con la tradición de los líderes de servicio y el siervo sufriente de Yahvé. (Lc. 4,18-19) En Mc. 9,33-35 Jesús prescribe para los líderes de su iglesia la misma calidad: “*El que quiera ser el primero, que se haga el último y el siervo (diakonos) de todos.*” Y en Jn. 3 demostró dramáticamente tal prescripción lavando los pies de los apóstoles, un gesto excepcional de servidumbre.

C. Características de un Líder Siervo

Larry C. Spears, quien se ha desempeñado como Presidente y Director Ejecutivo del Centro de Liderazgo de Servicio Robert K. Greenleaf desde 1990, ha apuntado un conjunto de 10 características que son fundamentales para el desarrollo de un líder siervo; he tomado sus categorías, pero las he adaptado al líder religioso y a un contexto religioso. También he incorporado algunas de las ideas de Howard Young en su artículo: “Redescubrir el Liderazgo de Servicio” (Internet: Asambleas de Dios: Diario Enriquecimiento)

Escucha y Disponibilidad: Las superiores que son líderes siervas están presentes a sus hermanas no sólo físicamente, sino con todo su ser. Una líder sierva tiene la motivación para escuchar activamente a sus subordinadas y apoyarlas identificándose con su decisión. La líder sierva tiene que prestar particular atención a lo que queda implícito. Esto significa confiar en su voz interior con el fin de averiguar lo que el cuerpo, la mente y el espíritu están comunicando.

Empatía: Una líder sierva intenta comprender y empatizar con las demás. Las hermanas tienen derecho al respeto y a la valoración de su desarrollo personal. No debería constituirse ella misma en la medida con la que juzgar a las demás, sino que debe tomarlas como son.

Sanación: Una gran fortaleza de una líder sierva es la capacidad de curarse a sí misma y a las demás. Una líder sierva trata de ayudar a la gente a resolver sus problemas y los conflictos en sus relaciones, porque quiere fomentar y apoyar el desarrollo personal de cada individuo. Esto lleva a la formación de un ambiente comunitario que es dinámico, alegre y libre del miedo al fracaso.

Toma de conciencia: Una líder sierva debe acrecentar su toma de conciencia de manera general y especialmente crecer en auto-conciencia. Tiene la capacidad de ver las situaciones desde una perspectiva más integrada, y holística.

Persuasión: Las líderes siervas no se aprovechan de su poder y estatus para coaccionar al cumplimiento; sino que tratan, más bien, de convencer a aquellas que guían. Es éste el elemento que distingue con mayor claridad el liderazgo de servicio de los modelos tradicionales y autoritarios.

Conceptualización: Una líder sierva piensa más allá de la realidad del día a día. Eso significa que tiene la capacidad de ver más allá de los límites de la gestión diaria de la comunidad, y que siempre tiene en cuenta la visión de la congregación antes de haber formado su propia visión.

Prospectiva: La prospectiva es la capacidad de prever el resultado probable de una situación. Le permite a la líder sierva aprender del pasado y lograr una mejor comprensión de la realidad actual. También permite que la líder sierva pueda identificar las consecuencias sobre el futuro ...

Administración: A los líderes religiosos le es confiada su institución para el mayor bien de la Iglesia y de la sociedad. El liderazgo de servicio es visto como una obligación de ayudar y de servir a los demás. La apertura y la persuasión son más importantes que el control.

Compromiso con el crecimiento de las personas: una líder sierva está convencida de que las personas tienen un valor intrínseco; Por lo tanto, debe alimentar el crecimiento personal, profesional y espiritual de las hermanas a través de un plan bien elaborado de Formación Permanente. Ayudará a desarrollar hermanas dotadas y no amenazadas por la competencia, ya que tienen seguridad interior y una autoestima saludable.

La construcción de la comunidad: La prioridad de una líder sierva es la construcción de una comunidad amorosa, orante y compasiva. A su vez, su comunidad debe servir a la comunidad en general, especialmente a los pobres y los oprimidos. (Wikipedia)

II. Liderazgo compartido

A. Concepto de Liderazgo Compartido

Otro importante modelo de liderazgo posterior al Concilio Vaticano II, desvía totalmente del liderazgo monárquico y centralizado que caracterizó a muchas comunidades religiosas en los tiempos del pre-Vaticano y todavía se pueden encontrar hoy en día.

Según Peter Smith, este tipo de concepto de liderazgo “sostiene que,

en lugar de depender de un solo individuo para realizar un empeño exitoso, se necesita de otros miembros del grupo para asumir una responsabilidad compartida en la identificación de problemas, de soluciones y de acciones a realizarse”.

Este concepto de liderazgo cree en la importancia del individuo, en que los individuos están interesados en participar en el desarrollo de su bienestar, que los individuos son capaces de aprender y capaces de cambiar y que pueden asumir responsabilidades; que los individuos y las comunidades pueden identificar problemas en sus vidas, que pueden analizar su situación, llegar a distintas soluciones alternativas y actuar según la alternativa elegida; que las personas pueden trabajar juntas de manera efectiva para cambiar las condiciones que puedan estar más allá de su control individual; que la participación comunitaria y el proceso de grupo son en sí mismos saludables. (United Way del Valle Fraser.)

B. Elementos del Liderazgo Compartido

Según Robert Gallagher (2001), en la vida de una comunidad o institución hay tres tareas importantes: 1) Realizar Tareas 2) Mantener Relaciones y 3) Proveer a las Necesidades y Deseos Individuales.

En el desempeño de una tarea, alguien tiene que iniciar, hacer sugerencias, proponer la acción de grupo, alguien tiene que obtener la información adecuada y compartir esta información. La comunidad es una red de relaciones y alguien tiene que ocuparse de fomentar las relaciones alentando, expresando los sentimientos del grupo, armonizando y estableciendo normas. Alguien tiene que velar para que cada miembro de la comunidad vea satisfechas sus propias necesidades de aceptación, sentido de importancia y de valor, de amistad, etc.

No hay razón alguna por la que debe ser el líder de mayor rango el que tenga que realizar todas estas tareas. Para cada tarea, se debería asignar a aquella persona que pueda realizarla de la mejor manera posible.

C. Objetivos Compartidos para un Liderazgo Compartido

Específicamente, ¿qué deben compartir los líderes con sus compañeros de trabajo o, en el caso de las líderes religiosas, con sus hermanas o con los laicos asociados? Phil VanAuken sugiere lo siguiente:

Poder - el objetivo de la líder es capacitar a otros y animarlos a ser fuente de ideas y decisiones. Esto presupone seguridad interior de parte de la líder.

Sentimientos y emociones - las líderes deben estar abiertas tanto a compartir

como a escuchar sentimientos. El liderazgo es más que simplemente tomar las decisiones correctas. Es también ayudar a las personas a descubrir quiénes son. Al reconocer su propia humanidad, invitan a las demás a ser igualmente transparentes y reales.

Tiempo - El tiempo es un bien muy preciado y la líder debe tomar una decisión consciente de invertir ese tiempo en las personas y no en las funciones administrativas.

Necesidades personales- Las líderes deben compartir con otros de una manera sensible sus propias metas, frustraciones, presiones y necesidades. Esto hará que la comunidad sienta la necesidad de orar por ellas y sentirse en la misma barca que ellas.

Confianza - La confianza permite que aunque dos o más personas no estén de acuerdo, puedan aún así respetar las motivaciones de la otra. Es el lubricante de las relaciones en medio de fricciones y diferencias.

Talentos y dones - Se entiende que las líderes deben compartir sus dones, pero deberían también animar a las demás a compartir sus dones y talentos. Las demás en la comunidad deben ser ayudadas a comprender su papel, y cómo pueden desarrollar y usar sus dones para la comunidad.

Información: es importante que la suficiente información sea compartida para la toma de decisiones. Las líderes deben no solo recibir, sino también dar información. Debe crearse un ambiente en el que los miembros tengan el deseo de hablar y escuchar abiertamente y sin miedo.

Éxitos y fracasos - Las líderes necesitan hablar tanto sobre sus éxitos que sobre sus fracasos. Las historias de éxito animan a otras a continuar y perseverar y las historias de fracasos ayudan a las otras a ver a la líder como a un ser humano con problemas como cualquier otra persona.

Oración - A través de la oración comunitaria encontramos aliento, empatía y compromiso al ver toda nuestra vida a través de los ojos de la fe.

D. Cómo las líderes subvierten el liderazgo compartido

¿Qué acciones de la líder van en contra de los principios de liderazgo compartido? Consideremos lo siguiente:

Abusar del poder- Grandes diferencias en el poder relativo de las líderes y las seguidoras pueden contribuir al abuso. La privación de poder ejerce su propia influencia corruptora y puede hacer que los miembros de la comunidad se obsesionen con sus mínimas influencias y se vuelvan cada vez más cautelosas, a la defensiva y críticas de las demás y de las nuevas ideas o que lleguen incluso a participar en sabotaje.

Acaparar privilegios - Las superiores casi siempre gozan de mayores privilegios y cuando acumulan poder y estatus, esto contribuye a la creciente brecha entre las que tienen y las que no en el seno de la comunidad.

Fomentar el engaño - Las superiores tienen más acceso a la información. Los patrones de engaño ya sea que tomen la forma de mentiras, o de ocultamiento o distorsión de la información, destruyen la confianza que une a la superiora y la comunidad

Actuar de manera inconsistente - Seguidoras diversas, diversos niveles de relaciones y elementos de situaciones variantes hacen de la *consistencia* una carga ética del liderazgo. Las sombras surgen cuando las superiores parecen actuar arbitrariamente, injustamente o dando lugar a favoritismos.

Perder o traicionar lealtades - Las superiores deben sopesar una serie de lealtades o derechos cuando toman decisiones. Las líderes proyectan sombras cuando violan la lealtad de los miembros de la comunidad

No asumir responsabilidades - Las superiores actúan irresponsablemente cuando no hacen esfuerzos razonables para prevenir delitos, ignoran o niegan problemas éticos, no asumen la responsabilidad por las consecuencias de sus directivas, mantienen a los miembros a estándares más altos que ellas mismas.

(Craig Johnson, 2001, citado en Liderazgo Compartido por Michele Erina Doyle y Mark K. Smith 2001 y 2012, en Internet: INFED)

E. Los Valores del Liderazgo compartido para el Servicio (Vincent Warner Jr.)

La **colaboración** más que la COMPETENCIA pone el énfasis en la veracidad y la aceptación de los errores.

La **capacidad** de colocarse en el lugar del otro - COMPASIÓN

Hacer responsables, pero no culpables. Culpar quiere decir encubrir. La responsabilidad o rendición de cuentas ofrece la posibilidad de un crecimiento.

La **disponibilidad** a ceder cuando sea apropiado y no tener necesidad de siempre controlar el resultado.

Confiar y validar a las demás hace posible ser alegre. Gozo y alegría provienen de no tener siempre la razón.

El **poder** es para la **participación**, y no para la dominación - poder con, en lugar de poder sobre.

F. Lista de Verificación de la Realidad

Con el fin de medir la eficacia del liderazgo compartido, podemos hacernos las siguientes preguntas:

¿Aquellas que son servidas están

Creciendo como personas?

Volviéndose más saludables?

Volviéndose cada vez más libres y autónomas?

Volviéndose cada vez más orientadas hacia el servicio?

Siendo hospitalarias con los menos privilegiados?

III. Liderazgo religioso y poder - del control a la compasión

Otra perspectiva post-Vaticano II del liderazgo religioso es en relación con el uso del poder. El PODER es la capacidad de influir. Puede ser positivo o negativo. Cuando el poder se expresa como una fuerza positiva, a través de la afirmación y la corrección, está expresando SOLICITUD. Cuando el poder se convierte en una fuerza negativa, a través de la explotación, la manipulación o la dominación, se experimenta como CONTROL.

La dinámica de los líderes exitosos encuentra un componente clave en la manera de renunciar a cualquier necesidad de CONTROLAR y encontrar la manera de EMPODERAR a otros. En nuestras comunidades religiosas, las dinámicas del poder están tan presentes como en las instituciones seculares. El abuso de poder, la sed de poder, la adicción al poder y el perpetuarse en el poder no son desconocidos para las comunidades religiosas. De hecho, muchos de los conflictos en los conventos son generalmente una cuestión de relaciones de poder.

Pero también es cierto que hay una gran fuente de ENERGÍA y PODER en el hacer el bien, en la solicitud y en la compasión, que podemos encontrar en las comunidades religiosas.

Por tanto, es importante que reflexionemos sobre la dinámica del poder.

A. Varias formas de uso del poder

Según Starhawk, una feminista indio-americana, hay varias maneras de utilizar el poder: "PODER SOBRE" "PODER DENTRO" O "PODER CON". Ella considera el "poder sobre" como esencialmente ligado a la dominación y al control, el "poder dentro" a los misterios más profundos que despiertan las habilidades de una persona y su potencial y el "poder con" al poder y la influencia social que las personas ejercen entre sus iguales. Cada tipo de

poder tiene su origen en un modo de conciencia y en una visión del mundo. Cada uno tiene su propia lengua y mitología, y depende de motivaciones distintas.

Una superiora religiosa puede usar el “poder sobre” al ser dominante y tiránica, siendo consciente de que “ella es la jefa”. Otra puede utilizar su autoridad para descubrir la capacidad latente en sí misma y en sus hermanas y que todas puedan desarrollar estas habilidades latentes. Entonces podría utilizar el “poder con” para reunir los dones y talentos de todas las hermanas para el bien de la institución.

Michael Crosby en su libro: *La Dinámica del Poder: del Control a la Compasión*, explora un cambio de paradigma en el uso del poder de las líderes. Voy a tratar aquí de discutir los puntos principales del libro. (Véase el Cuadro del Poder) Aunque Michael Crosby no escribió el libro exclusivamente para los líderes religiosos, éste es extraordinariamente aplicable a las líderes religiosas en su ejercicio del poder.

B. Poder como control

Cuando las líderes religiosas utilizan su poder para controlar, éste se basa en cuatro formas: la manipulación, la explotación, la coerción y la dominación, pero se mantiene principalmente a través del miedo y la intimidación. Cualquier ejercicio de control por el miedo o la intimidación es abuso. Las líderes religiosas pueden ser abusadoras conscientes o inconscientemente. Somos muy conscientes del abuso sexual actual del clero y de cómo esto se cubre jugando con los temores de las víctimas o sutilmente intimidándolas por la importancia de la posición del clero y del respeto general que se les tiene.

En las comunidades religiosas, las superiores también pueden causar temor e intimidación entre sus miembros por sus palabras, acciones y estilo de gestión. Es raro que las superiores religiosas lleguen al maltrato físico, pero muchas pueden ser propensas al abuso verbal. De acuerdo con Crosby esto puede ser peor:

... El abuso verbal puede ser más destructivo en una relación que el abuso físico, porque los abusadores verbales a menudo tratan de socavar la imagen de sí mismo y hasta destruir la autoestima. Encuentran maneras de destrozar la auto-imagen. Su objetivo, consciente o no, es hacer que el otro se sienta impotente ... El abuso verbal no necesita ser siempre expresado en lenguaje terrenal. Ocurre cuando me relaciono con alguien que es más introvertido que yo y que se siente abrumado por mi comportamiento extrovertido; Se produce cuando no doy a otros una chance de hablar o compartir sus ideas

antes de pasar a otra cosa.(Crosby, p. 58)

Una comunidad religiosa con una superiora abusiva pronto tendrá miembros con sentimientos crecientes de resentimiento, ira e insatisfacción. Esto puede dar lugar a brotes de rabia, al comportamiento agresivo pasivo o a un conflicto real. Cuando esta situación se prolonga puede llegar hasta causar enfermedades psicosomáticas en la comunidad. También puede resultar en la pérdida de vocaciones, ya sea porque los miembros abandonan la comunidad o por la incapacidad para atraer vocaciones religiosas.

C. Poder como solicitud y compasión

Es posible que una superiora religiosa se convierta y comience a usar el poder no como un medio de control, sino para prodigar solicitud y compasión. Pero esto presupone una visión de los efectos del uso del poder como medio de control. Michael Crosby habla de su experiencia personal:

“Cuando finalmente me di cuenta de que había estado usando el poder de una manera que era destructiva, que socavaba mis intentos para lograr el cambio que deseaba, sobre todo en mis esfuerzos por influir en mis compañeros para cambiar su estilo de trabajo o en personas cercanas a mí para que se comprometían con el cambio social, me convencí de que tenía que cambiar; de lo contrario sólo estaría reforzando el control, el abuso, el conflicto y violencia que supuestamente veía en otros, pero no en mí mismo.” Michael Crosby, p. 89

La superiora religiosa convertida tiene que dejar de lado la dinámica del control y pasar a un modo de SOLICITUD en su vida personal, en la comunidad, la institución y otras relaciones. Crosby escribe sobre la relación de la solicitud con el poder:

“Si el poder no es nunca neutral, sino una fuerza para ayudar o hacer daño, para dar energía o quitarla, y si nuestra manera de influir en los demás se basa en formas que dominan o empoderan al otro, entonces la atención, la solicitud, el simple hecho de hablar, es el requisito mínimo para todas las relaciones que consideramos positivas, correctas o buenas. Puesto que todas las relaciones implican el poder, la manera en que nos relacionamos y nos influenciamos mutuamente en nuestras relaciones es fundamental si queremos llegar a una manera positiva, justa y buena de estar con los demás. Dado que la solicitud es una forma de respeto y el requisito básico para este tipo de relaciones, ella debe constituir el corazón de la condición humana, si queremos que nuestras relaciones sean constructivas en todos los niveles, inclusive los de la propia sociedad. Nuestra “primera e interminable obligación”,

por lo tanto, es ir al encuentro del otro como una persona que importa.” (p.99)

La solicitud se manifiesta en la afirmación genuina y en la consolidación de la corrección y el desafío. La AFIRMACIÓN es una necesidad básica de todo ser humano. Todo el mundo tiene que ser estimado, todos necesitamos sentirnos respetados y honrados, sentirnos valorados y valiosos. Necesitamos personas importantes en nuestro mundo para decirnos que contamos. Y una vez que somos afirmados, la manifestación genuina de solicitud del otro, puede hacerse como CORRECCIÓN o DESAFÍO. Las superiores religiosas que no corrigen o desafían a sus miembros no están realmente cuidando de ellas. Sin embargo, la corrección debe basarse en el respeto genuino y la afirmación para que sea eficaz. El efecto es el desarrollo de la LIBERTAD y la CONFIANZA. En un entorno de afirmación y corrección, las personas sienten que pueden ser libres para decir lo que piensan y sienten y a partir de esta libertad para ser “quiénes son,” ellas son empoderadas como personas. La CONFIANZA es la dinámica que se construye en una relación donde las personas son libres de temor e intimidación además de ser autónomas e individualizadas. La confianza es la condición necesaria para toda relación saludable. (106)

En este clima de confianza y libertad, los miembros de una comunidad se empoderan y sanan de sus viejas heridas. Cuando somos curados estamos capacitados para participar en un pensamiento creativo, en un sentimiento positivo y una **acción constructiva**. El espíritu de competitividad será suplantado por la colaboración en el cumplimiento de la visión de misión de la institución. Esto creará un ambiente de paz, de amor y de COMPASIÓN. Esto debe ir más allá de nuestras comunidades hacia la sociedad en general; Como lo escribe Crosby:

“La COMPASIÓN es el poder y la fuerza del amor liberado sin excepciones o límites dentro de nuestro universo. Es la solicitud empoderadora hecha universal. Consiste en el esfuerzo de hacer frente a los males que nos rodean, en círculos cada vez más amplios de justicia y de misericordia para abrazar el mundo con un tal tipo de solicitud que trabajemos no sólo para aliviar sus dolores, sino también para tratar de empoderar a las personas que han sido violadas, de tal manera que puedan caminar libremente en el futuro.”

Nuestras comunidades religiosas pueden también ser instrumentos de paz para la sociedad y llevar al mundo por el camino de la COMPASIÓN.

Conclusión

El tema de nuestra Asamblea es: *entre ustedes no ha de ser así*. Estas

palabras de Jesús querían marcar un contraste entre la forma en que el mundo entiende el poder y la autoridad para dominar, oprimir y señorear sobre las personas y Su manera de entenderlo. Entonces, ¿cómo debe ser? Hemos mostrado cómo el Concilio Vaticano II, inspirado por las palabras y el ejemplo de Jesús, puso en relieve los valores alternativos para el liderazgo religioso que ha influido en los tres Modelos de liderazgo post Vaticano II que he descrito, a saber: *El liderazgo de Servicio, el Liderazgo Compartido, el Liderazgo de Solicitud y Compasión.*

Siendo líderes religiosas de acuerdo con la mentalidad de Cristo, contribuyamos a una red cada vez más amplia de relaciones compasivas hacia un círculo cósmico de amor y compasión.

LA AUTORIDAD EN LA BIBLIA

Prof. Dr. Bruna Costacurta

Bruna Costacurta, nació en Roma en 1946, después de estudiar Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana, recibió su doctorado en Ciencias Bíblicas en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Es profesora ordinaria de Exégesis del Antiguo Testamento y Directora del Departamento de Teología Bíblica de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Gregoriana; Además de la enseñanza, realiza una actividad de difusión y profundización de las Sagradas Escrituras en Italia y en el extranjero. Es miembro del Consejo de Presidencia de la Asociación Bíblica Italiana, y forma parte del Grupo Nacional de Expertos del Sector Apostolado Bíblico de la CEI.

Original en Italiano

“**N**o ha de ser así entre vosotros”: estas palabras del Evangelio han sido apropiadamente elegidas como tema principal de esta Asamblea, que quiere reflexionar sobre el “servicio de la autoridad.” Estas son las palabras pronunciadas por Jesús después de la petición hecha por la madre de los hijos de Zebedeo de que se sienten uno a su derecha y el otro a su izquierda. Dirigiéndose a los otros apóstoles, que estaban escandalizados por la petición, Jesús dice:

«Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.» (Mt. 20,25-28).

El ejercicio del poder, en lugar de ayudar al crecimiento y contribuir al bien común, a menudo se convierte en acoso, en exhibición de superioridad y en deseo de dominar y de oprimir que tiende a hacer del otro un esclavo, a humillarlo, disminuirlo, violentarlo. Sin embargo, entre los discípulos de Jesús no puede ser así; y en las comunidades que caminan tras las huellas de Jesús no hay lugar para el poder, sino mas bien para ese ejercicio de la autoridad que se hace servicio amoroso, disposición total, que llega hasta a dar la vida por aquellos que Dios confía al que debe ser ejemplo y guía sobre

el arduo camino de la santidad.

La Sagrada Escritura nos ofrece muchas figuras de autoridad a las que referirse al reflexionar sobre este tema. Me limitaré a expresar mi informe en dos partes, describiendo brevemente, en primer lugar, como se delinea en el Deuteronomio la figura ideal del rey, la máxima autoridad en la antigua Israel, y haciendo luego una pausa más larga en un personaje paradigmático, la reina Esther, que lleva a cumplimiento su reinado decidiendo dar su vida por los suyos. Así que primero vamos a reflexionar sobre el texto de la Ley, la Torah, que nos indica un camino de sabiduría, y después sobre una historia particularmente rica en elementos que se relacionan con nuestro tema, una historia que muestra cómo se puede vivir de acuerdo a la trayectoria indicada por la sabiduría de la Torah.

1. El rey ideal: una autoridad sin poder

En Deuteronomio 17,14-20 la Ley esboza la figura del rey ideal deseado por Israel y dado por el Señor, un rey que no debe, con su poder, reemplazar la realeza de Dios, sino más bien ser mediación de la presencia de lo divino en medio de su pueblo. El texto dice:

“Cuando entres en el país que el Señor, tu Dios, te dará, cuando lo tomes en posesión y vivas en él, si alguna vez dices: “Voy a poner un rey para que me gobierne, como todas las naciones que están a mi alrededor”, pondrás un rey elegido por el Señor, tu Dios, que pertenezca a tu mismo pueblo. No podrás someterte a la autoridad de un extranjero, de alguien que no pertenezca a tu pueblo. El rey no deberá tener muchos caballos ni hacer que el pueblo regrese a Egipto, con el pretexto de aumentar su caballería; porque el Señor, tu Dios, ha dicho: “No regresen nunca más por ese camino”. Tampoco tendrá muchas mujeres, para que su corazón no se desvíe, ni acumulará oro y plata en cantidad excesiva. Cuando tome posesión del trono real, hará escribir en un libro, para su uso personal, una copia de esta Ley, conforme al texto que conservan los sacerdotes levitas. La tendrá a su lado y la leerá todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor, su Dios, observando todas las palabras de esta Ley y poniendo en práctica estos preceptos. De esa manera, no se sentirá superior a sus hermanos, y no se apartará de estos mandamientos, ni a la derecha ni a la izquierda. Así prolongarán los días de su reinado él y sus hijos, en medio de Israel.”

Elegido por Dios, en una especial relación de dependencia con Él, el rey debe vivir en la fe de acuerdo con los criterios del Señor, con la conciencia de ser objeto de una predilección especial, de una elección que no

es el resultado de sus propias habilidades y de su propia iniciativa sino del don gratuito de la misericordia de Dios.

Su corazón entonces, como dice el texto, no debe exaltarse (Cf. versículo 20) y su gestión de la autoridad no debe estar marcada por el poder como el rey de las “naciones que están alrededor” (v. 14): hermano, parte del pueblo y solidario con él, debe ejercer su función como servicio hacia aquellos que son sus hermanos, renunciando a un uso y una exhibición de las formas habituales de poder. Por eso, debe tener pocos caballos, que se utilizaban para la guerra y que simbolizan aquí el poder militar; pocas esposas, que a menudo servían como un medio de alianzas con otros pueblos y, por tanto, como instrumentos de poder político, y como representantes del peligro de la absorción, por parte de Israel, de la ideología y las religiones paganas; y finalmente poco oro y plata, lo que significa moderación también en el poder económico.

Los rasgos típicos de poder son así desafiados para indicar el verdadero camino que se debe realizar para ejercer adecuadamente la autoridad: leer cada día la Ley, la Palabra de Dios, y conformarse a ella, en una actitud de dependencia y obediencia que hace del rey un siervo del Señor y, por lo tanto, capaz de servir a las personas a su cargo. La autoridad podrá exigir obediencia sólo si vive ella misma en obediencia.

La figura típica de este rey “según el corazón de Dios” (1 Samuel 13,14) es David, el hijo menor de Jesé, el pequeño elegido por el Señor de entre todos sus hermanos, que de ser pastor de las ovejas de su padre, pasa a convertirse en el “Pastor de Israel” (cf. 2 Sam 5,1 a 2, Sal. 78,70 a 72). David es el rey pastor que, en contraste con la figura del rey guerrero, Saúl, se enfrenta al gigante Goliat negándose a usar las armas de gran alcance que Saúl le ofreció, usando en cambio una honda y algunas piedras tomadas de un arroyo, las armas débiles del pastor, que va al encuentro de un enemigo formidable con la tranquila confianza que viene de la fe en el Señor (ver 1 Samuel 17).

En el episodio del duelo con el filisteo, se comparan dos formas diferentes de realeza: pero la monarquía fuerte y marcada por el abuso de Saúl debe dar paso a la del rey pastor que está dispuesto a sacrificar su vida por su pueblo, que no confía en la fuerza de las armas, sino en la presencia salvífica de Dios. Porque ésta es la verdadera realeza, y por lo tanto el verdadero ejercicio de la autoridad que es el servicio y el don que da vida a los hermanos.

Esto nos abre a nuestro segundo punto, la figura de Ester, la reina débil e impotente que manifiesta toda su fuerza real cuando decide arriesgar su vida por la salvación de su pueblo.

2. La Reina Ester y la fuerza de la debilidad

El libro de Ester, escrito en hebreo, pero con muchas adiciones en griego, es la historia de naturaleza legendaria, en el marco de la fiesta de Purim, que explica su origen. Centrado en la experiencia de la liberación que Dios realiza al salvar a su pueblo de un peligro mortal, tiene como protagonista a una joven judía, Ester, que tiene algunas características en común con la gran figura de Moisés, quien fue también mediador de salvación para Israel. Es una historia que enseña cómo vivir la autoridad; y esto, ya sea mostrando el impacto negativo de la desviación del poder artífice de muerte, ya sea mostrando el uso positivo del “derecho” que promueve y ayuda la vida.

Por ello quisiera ahora recorrer la historia de este libro, destacando algunos de los aspectos más significativos y ofreciendo algunas interpretaciones. Tomaremos como punto de referencia el texto griego y judío.

El texto hebreo comienza con la descripción de un gran banquete dado por el rey Asuero a todos sus príncipes y ministros. El poder y la riqueza del rey persa se manifiestan en esta fiesta con toda su opulencia: es un momento de autocomplacencia, propio de la realeza, que dura 180 días, seguidos de otros 7 días para todo el pueblo. Mientras tanto, la reina Vastí, su esposa, ofrece también un banquete para las mujeres. Pero cuando Asuero, queriendo mostrar a sus invitados la belleza de su esposa, la envía a buscar para exhibirla, ella se niega.

La ira del rey es grande y, en consulta con sus asesores, decide destituirla: Vastí no vino, desobedeciendo sus órdenes, pues bien, nunca más lo hará. Otra se convertirá en reina.

Así comienza la búsqueda de una nueva esposa para el rey Asuero. Aparece en la escena Mardoqueo, que tenía una pariente llamada Ester a la que él crió como su hija adoptiva porque era huérfana. Dotada de una gran belleza, Ester es elegida junto a otras jóvenes que serán presentadas ante el rey. Y Asuero se enamora de ella: ahora Ester es la nueva reina y un gran banquete de siete días se realizará en su honor.

Ester llega a la corte en una actitud de sumisión, soportando duras preparaciones de ungüentos y perfumes, que duraron 12 meses antes de ser presentada al rey, obedeciendo a todo lo que se le solicita. Pero, en realidad, aún con tanta docilidad, será ella la que va a cambiar el destino de su pueblo.

Es interesante ver los diferentes tipos de Ester, la sumisa, y de Vastí, la rebelde. Vastí realiza un gesto revolucionario que pone en tela de juicio el poder y, negándose a dejarse exhibir, ella despierta nuestra simpatía; pero

no podemos leer este acto, a partir de nuestras categorías modernas o feministas. Lo que hace Vastí se presenta en el texto negativamente, como subversión contra las disposiciones de la ley, aunque creo que podemos ver una cierta ironía en la historia: es una mujer que pone en crisis un imperio gigantesco y poderoso como el Imperio Persa. Algo similar se puede encontrar en las parteras de la historia del Éxodo en Egipto que no obedecen la orden del Faraón, y lo ponen en dificultades dándole explicaciones contundentes: no pueden matar a los niños al nacer, porque cuando ellas llegan, los niños ya han nacido debido a que las mujeres judías están llenas de vitalidad, y dan a luz más rápido que las egipcias; y el poderoso Faraón, que no sabe nada de partos y de nacimientos, tiene que confiar y que cancelar esa orden y reemplazarla con otra (cf. Ex 1,15-22).

Vastí, sin embargo, realiza un cambio importante al permitir, por su desobediencia, la inclusión del personaje de Ester; algo similar sucede entonces con Mardoqueo, cuya negativa a inclinarse ante Amán, el más alto dignatario de la Corte, lleva la historia al peligro del exterminio. Pero Mardoqueo se niega por obediencia a Dios; mientras que Vastí lo hace por reivindicación personal.

Esto abre la positividad de Ester que nunca tiene actitudes de reivindicaciones personales, sino que se deja guiar por la responsabilidad hacia su pueblo, lo que será fuente de salvación. Ester se deja aparentemente incorporar al sistema, pero en realidad lo romperá dramáticamente. Porque la verdadera subversión es la obediencia al plan de Dios y llevar el amor a sus consecuencias extremas. Y es obedeciendo que Ester se “preparó” a su papel de reina, y custodia dicho honor en silencio.

La historia de la entrada de Ester al tribunal, insiste en el hecho de que ella calló sus orígenes judíos (ver 2,10.20); esto prepara la continuación de la historia. El lector, de hecho, sabe lo que el rey y Amán no saben; el mal no tiene conocimiento de la verdad, y ésta, revelándose, lo vence. Pero el silencio de Ester tiene también otro valor narrativo: en una situación de aparente cosificación del cuerpo, en la que la protagonista se deja dócilmente unguir y perfumar durante todo un año, Ester pone a salvo su identidad y, ocultándola al forastero, de alguna manera logra no entregarse totalmente en sus manos. Ella sigue siendo hebrea, fiel a su propia historia y a la pertenencia a su pueblo, y será precisamente por amor de su pueblo que, cuando será necesario, estará lista incluso a sacrificarse.

Después de una breve introducción del episodio del complot contra el rey frustrado por Mardoqueo (cf. 2,21 a 23), se describe a Amán y su sed desmedida de poder: todos tenían que arrodillarse e inclinarse ante él, pero Mardoqueo se niega, no por orgullo, como él mismo lo afirma en su oración

al Señor, sino por “no poner la gloria de un hombre por encima de la gloria de Dios” (cf. 4,17 d-e).

Amán enterándose de que Mardoqueo era hebreo, decide vengarse contra todo el pueblo (cf. 3:5-6). Es la dinámica perversa del poder y de la desproporción absoluta entre la presunta ofensa y la reacción que provoca: se decide destruir a todo un pueblo, porque uno de sus hombres no se quiso arrodillar.

Es el misterio de un pueblo que no sólo es una unidad étnica, sino que tiene una identidad profunda y una cohesión interna que se basa en la elección de Dios, y en el que la pertenencia y la solidaridad entre sus miembros son vividas en el mayor grado posible. Pero es también el misterio de la dinámica del mal y de la salvación. Me vienen a la memoria las palabras de Pablo a los Romanos: “Si por el delito de uno sólo murieron todos ¡cuánto más la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un sólo hombre, Jesucristo, se han desbordado sobre todos!” (Rom 5,12); pero en el libro de Ester, la ruina no es por un pecado, sino por un gesto de lealtad a Dios, la misma fidelidad que luego salvará a los que habían sido condenados a muerte. Nos hallamos al interior del problema del sufrimiento del justo: Mardoqueo, por un acto de justicia, tiene que sufrir persecución y con él todos los de su pueblo.

Por lo tanto, debido a las querellas de Amán y sus falsas acusaciones ante el rey, se emite el decreto de exterminio y la fecha se decide tirándola a suerte (Purim.: Cf. 3,7); y el rey Asuero confía al propio Amán la ejecución de la masacre. Los cargos destacan la diversidad de Israel, percibida como una amenaza: Israel es una nación cuyas leyes son diferentes de las de los demás, y no guarda los edictos del rey. La ley de Dios da diferentes referencias, criterios que parecen subversivos; la escala de valores cambia, y esto socava la vida normal: “Hay un pueblo disperso entre las naciones en todo tu reino, cuyas leyes son diferentes de las de todas las otras naciones, y desobedecen a las leyes del rey, y no es conveniente que el rey lo permita,” dice Amán a su soberano (3,8) y esto se reafirma con fuerza en el edicto de exterminio (véase 3.13 d-g). La fidelidad a Dios hace que uno se vuelva diferente, extranjero y, como en este caso, alguien que se debe eliminar.

La reacción de Mardoqueo y de los suyos es inmediata y adecuada a la situación dramática: vestidos rasgados, cilicios y cenizas, ayuno, y llantos. Son los gestos de dolor del duelo, en los que la muerte es anticipada en la vida, por los que se expresa la angustia y se suplica a Dios que libere de tanta tragedia. Israel parece condenado a desaparecer definitivamente, condenado a la perdición, y esto a causa de su fidelidad a Dios. La pertenencia a Dios y su bendición se vuelven frecuentemente causa de persecución y de muerte

en las Escrituras; es lo mismo que ocurrió en Egipto en la época del Éxodo: el pueblo se ha vuelto numeroso, de acuerdo con la promesa hecha a Abraham, la bendición del Señor se hace visible, pero los otros lo perciben como peligroso, y esto provoca persecución y voluntad de aniquilación.

La noticia de la desgracia que ha caído sobre Israel llega a oídos de Ester, a quien Mardoqueo envía una petición desesperada de ayuda, pidiéndole que fuera a ver al rey para interceder por su pueblo: “Recuerda los días en que eras pobre, en que eran mis manos las que te nutrían, ahora que Amán, que es el segundo después del rey, habló en contra de nosotros para aniquilarnos. Invoca al Señor y habla con el rey en favor nuestro, para que nos libre de la muerte. “(4,8).

Ester plantea una dificultad que parece insuperable: nadie puede entrar en lo del rey si no ha sido llamado, o de lo contrario arriesga su vida. Pero la respuesta a Mardoqueo pone a su hija adoptiva frente a la verdad: “No pienses en salvarte solo tú de entre todos los judíos, por el hecho de estar en el palacio. Porque si callas en este momento, la ayuda y la liberación llegará a los judíos de otra parte, pero tu perecerás junto con la casa de tu padre. ¿Quién sabe no hayas sido elevada a la condición de reina sólo para una ocasión como ésta?”(4,13-14). Estas son palabras de sufrimiento, al parecer duras, pero que en realidad expresan amor. Porque el amor no se manifiesta en el deseo de protección, que fomenta una actitud egoísta o cobarde y derrotista; el amor, incluso hacia aquellos que tienen responsabilidades de liderazgo hacia los demás, debe ayudar a amar, aún a riesgo de sus vidas, si es necesario.

El camino de la salvación pasa por la solidaridad, y Ester abraza las palabras de Mardoqueo y acepta perecer. No piensa en el peligro, no trata de salvarse: la salvación de su pueblo es ahora su prioridad: “voy a entrar en lo del rey, a pesar de que está en contra de la ley, y si debo perecer, pereceré” (4,16).

Lo que está sucediendo en la vida de Ester es la aceptación consciente de su historia y de su identidad, como descubrimiento de su vocación. La pertenencia de Ester al pueblo hebraico marca su destino: la asunción de la realidad del propio cuerpo, de la propia concreción, de la propia historia, son una parte integral de la historia de salvación. Y ahora que ha llegado el momento de peligro para Israel, Ester se apropia de su pasado y, como verdadera reina (no de los persas, sino de Israel), acepta la muerte con valentía para que su pueblo pueda seguir viviendo.

Ester se convierte en adulta, y expresa su madurez volviéndose responsable por los otros y alcanza la plena dimensión personal en esta asunción es que obediencia y reconciliación con su propia verdad. Su ser

judía y su ser reina de Persia llegan así al cumplimiento en el don de la vida, en una autoridad que es servicio y mediación de salvación.

También para Moisés, la autoridad guía de Israel en su momento fundacional, fue así: también él estaba dividido entre dos pueblos, hijo de una madre judía y criado por una madre egipcia, también él guardaba en secreto una identidad sufrida, en situación de exterminio. Ambos han sido llamados al tribunal de extranjeros, y han sido absorbidos por los extranjeros en posiciones de poder. Y en esos mismos tribunales, ambos han sido llamados a reconocer su origen. Ambos enfrentan la violencia (Ester sabe sobre el exterminio que Amán desea y Moisés presencia el abuso causado a un judío por un egipcio), pero Moisés reacciona con violencia y mata al egipcio; Ester, en cambio, acepta morir ella misma. Ambos tienen miedo (Moisés huye, Ester se desmaya ante el rey), y frente a la perspectiva de enfrentar al peligroso soberano, Moisés, como Ester, hace objeción pero luego acepta ir, asumiendo la exposición a la muerte como parte del camino de obediencia a Dios. Ambos tienen una belleza que favorece la vida, Moisés es hermoso, y por eso la madre no lo hace perecer; y Ester es hermosa, y por lo tanto Asuero no la sentencia a muerte. Y, por último, para ambos se desarrolla un misterio de fecundidad-maternidad: Moisés, el pequeño condenado a muerte, acogido por la hija del Faraón, la vuelve madre (ella que no tenía leche para alimentar un bebé), y Ester se vuelve verdaderamente madre de su pueblo (aquí está la auténtica realeza), cuando acepta morir por él.

En el texto griego, antes de que Ester se presente ante el rey, se relatan las oraciones de Mardoqueo y de su hija adoptiva (véase 4,17 a-z): frente a la muerte, nos volvemos al Dios de la vida para ser salvos. No abdica de su propia iniciativa y hace uso de sus propios recursos (Ester sigue siendo la reina, esto la pone en una posición de privilegio que puede ser muy útil), pero siempre con la certeza de que sólo Dios puede venir a ayudar y a realizar la liberación, aunque sea a través de la mediación. Es el difícil equilibrio entre la actividad propia y el abandono al Señor, una prueba continua para todo creyente. Y la oración hace la síntesis: el hombre está en juego y está activo, pero pide a Dios que lleve a cabo su plan de salvación.

En la oración de Ester es fuerte la angustia y bien marcados son los gestos de penitencia y de luto: se quita las insignias reales y toma sobre sí los signos de una muerte inminente. Ester se prepara a perecer, pero pide ser liberada; la solicitud de ayuda es patética y urgente, haciendo hincapié en el peligro de muerte y la soledad. La reina confiesa su debilidad y su propia impotencia, Dios debe moverse a la piedad e intervenir.

Ella le recuerda al Señor su realidad de Dios fiel que escogió a Israel, y que no puede permitir que se “cierre la boca de los que le alaban.” Ester

le pide a Dios que salve; está por entrar en la guarida del “león” y repite que está sola, y que sólo Dios puede ayudarla. La soledad acompaña a menudo al servicio de la autoridad, pero los que son llamados saben que el Señor no abandona.

Y también Ester recuerda su propia fidelidad a Dios: no se ha contaminado, sólo ha soportado, detestándola, su condición de reina entre los gentiles. Ella ha permanecido fiel a la elección de Dios y a la diversidad que ella implica. Y ahora pide al Señor que se manifieste como lo que es: el Dios de Abraham, que libera y salva.

En la oración, incluso en la angustia, está presente y firme la conciencia y la confianza de saber que Dios escucha. Ester solo lo tiene a Él, Él no puede abandonarla. Con solo esta fuerza, la de la fe, Ester va al encuentro de su destino.

Cuando nuestra protagonista se presenta ante el rey, se muestra en toda su belleza, pero también en su debilidad. Ester tiene miedo de la reacción del gobernante poderoso y furioso, la emoción y el temor por su propia vida se hacen fuertes, las fuerzas disminuyen y ella se desmaya. Pero Dios, como dice el texto griego, “conmovió con dulzura el alma del rey” que inmediatamente calma su ira, y preocupado por la salud de su esposa, le asegura que no va a morir como consecuencia de su gesto. (cf. 5,1 a-f)

En Ester, quien, aunque acosada por el miedo, está dispuesta a dar su vida por su pueblo, se manifiesta el verdadero sentido de la realeza; la intercesión y el tomar sobre sí el dolor de los demás se muestran los componentes esenciales de la autoridad real. Ester arriesgó su vida porque cargó sobre sí el sufrimiento del pueblo al que pertenece y del cual se siente responsable. El ejercicio del poder es un servicio llevado “hasta el extremo” (cf. Jn 13,1).

Aún en esto, como hemos mencionado antes, la figura de Ester se puede comparar con la de Moisés: también él acepta presentarse ante el faraón corriendo el riesgo de morir, convirtiéndose así en líder y guía de Israel, mediación privilegiada en la relación con Dios.

En cuanto a Ester, ella se desmaya de nuevo: (ver 5,2 a-b) es reina, pero se halla aplastada por el peso que debe llevar, y eso se nota en su “disminución”. La debilidad no debe dar miedo, y los que tienen autoridad no deben tener miedo de admitirla. Y esta vez Asuero, aún más preocupado frente de su esposa desmayada, promete darle lo que quiera, incluso la mitad de su reino.

Pero la petición de Ester es infinitamente más modesta: ella sólo pide que el rey, junto con Amán, participen en su banquete. Luego, durante el banquete, cuando Asuero reitera su propuesta de darle lo que ella quiera, ella

pide aún otro banquete al día siguiente, con el rey y Amán. El lector, en este momento, queda perplejo: ¿qué espera Ester? ¿Por qué no afronta abiertamente el problema? ¿Está retrasando el momento de la demanda real porque tiene miedo de revelarse a sí misma como perteneciente al pueblo de Israel y teme las reacciones de sus dos invitados? ¿O tiene su propio plan, y espera el momento adecuado, en un ejercicio “prudente” de autoridad?

El lector debe esperar pacientemente que la historia responda a sus preguntas, y mientras tanto la narración se centra en Amán que no espera y salta a conclusiones apresuradas interpretado positivamente la petición de Ester: por supuesto, piensa Amán y comenta a su familia y sus amigos, la invitación de la reina dirigida sólo a él y al rey es una señal de gran respeto y honor; y si ese Mardoqueo sigue sin querer arrodillarse ante él, obtendrá lo que se merece: siguiendo el consejo de su esposa y amigos, hace preparar un poste para ahorcar al rebelde insolente, y luego poder ir “feliz en el banquete del rey” (5,14). El poder lo vuelve a uno malo; Amán quiere el exterminio de todos los hebreos y, además, quiere anticipar la muerte de Mardoqueo, en la horca preparada especialmente para él.

Pero los planes de Dios son diferentes: esa noche Asuero sufre de insomnio y pide que les sean leídas las crónicas del reino. Y en ellas se informa que Mardoqueo había frustrado el complot contra el rey, y decide rendir homenaje al que le había salvado la vida, o sea, al propio Mardoqueo para quien, sin que el rey lo sepa, ya se había preparado un palo en el que morir. El mensaje bíblico es tranquilizador: el bien hecho, tarde o temprano, se convierte en salvación para sí mismo y para los demás.

De hecho, Asuero busca el consejo de Amán, que mientras tanto había llegado a los tribunales, sobre que se debe hacer a un hombre a quien el rey quiere honrar. Amán no sabe (pero el lector sí) que el hombre de quien el rey habla es Mardoqueo, y piensa que es a él a quien el rey desea honrar. Dos veces había sido huésped de honor en el banquete de la reina, por lo que ahora espera más manifestaciones de favor. Así que, en respuesta a Asuero, da voz a su sueño triunfal: con un manto real y una corona en la cabeza, cabalgar el caballo real por las calles de la ciudad mientras se grita frente a él: “Esto sucede con el hombre al que el rey desea honrar”(cf. 6,7 a 10). El poder no sólo vuelve cruel, pero también un poco estúpido: concentrar su deseo de poder y de realización personal en el hecho de ser paseado vestido como un rey es una insensatez desconcertante. La historia se vuelve irónica, e incluso grotesca, y más aún cuando Amán descubre lo que el lector ya sabía: toda aquella exhibición de pompa y de gloria es para Mardoqueo, y no para Amán. Amán había llegado al palacio para pedirle al rey que hiciese colgar a Mardoqueo; pero ahora es él quien debe llevar en triunfo al que

habría querido que sea su víctima.

Luego, durante el segundo banquete deseado por Ester, cuando ella denuncia el malvado plan de Amán que quería matar a todos los judíos, llega el fin para el perseguidor (véase 7,1 a 6). El rey se enoja y sale al jardín, y Amán, aterrorizado y consciente de que su caída ya estaba decidida, suplica y ruega por la misericordia de la reina Ester, dejándose caer en el sofá en el que ella estaba sentada. Pero su gesto fue mal entendido; el poder hace incapaz de humillarse a sí mismo, y cuando el poderoso y orgulloso Amán pide la gracia y se postra, su gesto parece un acto de violencia. El rey vuelve a la habitación, lo ve y le grita: “¿También quiere hacer violencia a la reina, delante de mí, en mi casa?” (7,8).

Llega así para Amán la hora de la verdad: la horca que iba a servir para la muerte de Mardoqueo le es, en cambio, destinada. Ahora bien, la trama de la historia va hacia la conclusión esperada: el decreto de exterminio se revoca, el pueblo de Israel es salvado y los atacantes son destruidos. La fiesta de Purim servirá a recordar, de generación en generación, la salvación realizada por el Señor con un juego de máscaras intercambiadas y de papeles invertidos, donde los perseguidores son vencidos y los condenados a muerte pueden celebrar la vida devuelta.

“Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes; llenó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías”, cantará en el Magnificat la pequeña Virgen de Nazaret (Lc. 1,52-53, cf. también 1Samuel 2,4-8), celebrando aquella inversión de suerte tan típica de las intervenciones divinas de salvación.

Así Ester, reina marcada por una debilidad radical que se transforma, sin embargo, en una fuerza abrumadora en la decisión de dar la vida por su pueblo, se convierte en una figura ejemplar de la autoridad que se ejerce en el pleno servicio. Autoridad que no es el poder de los líderes de las naciones que dominan y oprimen, de acuerdo con las palabras del Evangelio citadas al principio de este informe. La verdadera autoridad se ejerce en el servicio ejercitado en la mansedumbre, la humildad, el amor que conduce al don de sí. La verdadera autoridad es el Señor y Maestro, que se hace servidor y lava los pies de los discípulos, significando así el don de la propia vida (cf. Jn 13:1-17); el verdadero poder es el del “Buen Pastor” que ofrece la vida por el rebaño que le es confiado (cf. Jn 10,11-18).

Este es “el servicio de la autoridad” que se les pide. Porque los grandes de las naciones gobiernan según otra lógica del poder, pero “entre ustedes no debe ser así.”

COMPañERISMO DE GRACIA: UNA METÁFORA PARA EL LIDERAZGO RELIGIOSO DE HOY

Hna Mary Pat Garvin, R.S.M., Ph.D.

La Hermana Mary Pat Garvin es miembro del Instituto de las Hermanas Religiosas de la Misericordia de las Americas . Ha sido profesora desde 1974 en los niveles primario, secundario y universitario. Recibió su doctorado en Psicología en la Universidad Gregoriana de Roma y permaneció en la facultad del Instituto de Psicología de la misma Universidad desde 1994 hasta 2001. En la actualidad, Mary Pat trabaja como consejera y enseña en las Universidades Creighton y Seton Hall. También trabaja como educadora y consultora para las congregaciones religiosas en el área de formación inicial y permanente, tanto en Europa como en América del Norte.

Original en Inglés

1. Introducción

● Buenos días! Gracias por su cálida bienvenida. Me complace estar hoy con ustedes y agradezco a la UISG por su invitación a participar en esta Asamblea Plenaria. Durante los dos últimos días nos hemos sumergido en nuestro tema: “ ‘Entre ustedes no debe suceder así’ el Servicio del Liderazgo según el Evangelio.” Tanto nuestra oración, como nuestras ceremonias y nuestras conversaciones alrededor de la mesa, como así también la sabiduría compartida por Sor Mary John Mananzan, O.S.B. y la Profesora Bruna Costacurta nos han enriquecido y, espero, desafiado a profundizar nuestro compromiso en el servicio de liderazgo que nuestras congregaciones nos han confiado.

Esta mañana las invito a entrar en una exploración de “Compañerismo de Gracia: una Metáfora para el Liderazgo Religioso de Hoy en Día.” Utilizando la metáfora de “compañerismo de gracia” exploraremos cómo la misión de liderazgo de hoy es, y siempre ha sido, asumir la mente y el corazón de Jesús; ¡liderando, pues, nuestras congregaciones como Jesús lideró a sus discípulos: como un compañero de gracia!

2. Compañeros de Gracia

¡Jesús fue un compañero de gracia por excelencia! Fue un líder transformacional¹ que ofreció visión, energía, desafío y coraje a los que se sentían atraídos por su manera de ser *con* y *hacia* el pueblo de Dios.

De la misma manera, la historia de nuestras propias congregaciones es una historia rica de legiones de mujeres sabias, compañeras de gracia, líderes transformadoras que, siguiendo el ejemplo de Jesús, acompañaron a las hermanas de su época con visión, energía, desafío y coraje para realizar la misión dirigida hacia el pueblo de Dios. ¡Basta pensar en mujeres como Teresa de Ávila, Frances Cabrini, Mary Ward, Catherine McAuley, Alphonse Maria Eppinger, madre Teresa y muchas otras!

Me presento hoy ante este grupo de compañeras de gracia. Mujeres sabias, líderes transformadoras de congregaciones a través del mundo entero, que han interiorizado, absorbido y asimilado la manera de ser de Jesús tan profundamente que, a pesar de cualquier agitación política en nuestros países, de cualquier desilusión con nuestra Iglesia y (si bien no para todas pero para algunas) la disminución del número de sus miembros, siguen ejerciendo el liderazgo como compañeras de gracia, animando a tus hermanas con la visión, energía, desafío y coraje que necesitan hoy en día para servir al pueblo de Dios.

Al explorar el compañerismo de gracia esta mañana propongo dos maneras de tratar nuestro tema. En primer lugar, quiero invitarlas a todas a “escuchar con el oído de nuestro corazón”². Es decir, escuchar no sólo la presentación sino también escucharse atentamente a sí mismas: sus emociones, pensamientos, recuerdos, preguntas, dudas e incluso las resistencias que surgirán dentro de ustedes durante la próxima hora. Estas intuiciones, reflejos de luz, son las conexiones que estarán haciendo con su propia experiencia de liderazgo. Son estas conexiones las que perdurarán mucho después de que las palabras de la presentación de esta mañana se desvanezcan.

En segundo lugar, sugiero que tengamos en mente³ las siguientes preguntas que darán forma a las conversaciones que tendremos más tarde esta mañana.

- *¿Qué me ofreció energía e intuición* durante nuestra exploración del compañerismo de gracia?
- *¿Qué me desafió* más allá de mi pensamiento/comprensión actual sobre el liderazgo?
- *¿Qué es lo que me provocó resistencia?* ¿Alguna pista del por qué?
- *¿Qué me voy a llevar y usar* en mi servicio de liderazgo en las próximas

semanas y meses?

3. “Entre ustedes no debe suceder así” (Mt. 20,26)

Los eruditos bíblicos nos dicen que el Evangelio de Mateo, tal vez más que los otros relatos de los evangelistas, se centra más frecuentemente en las palabras y dichos de Jesús. Al contar lo más fielmente posible las palabras de Jesús, Mateo intenta atraernos hacia la escena representada en el Evangelio.

En Mateo 20,26 leemos: “Entre ustedes no debe suceder así.” Si entramos en este pasaje nos encontramos caminando junto a Jesús y a los discípulos en su viaje hacia Jerusalén. Como sucede a veces en la experiencia de nuestras propias vidas, Jesús se enfrenta con el hecho de que sus discípulos discuten sobre lugares de honor y de poder dentro del grupo. Probablemente después de haber resuelto su propia agitación y decepción hacia ese tipo de comportamiento, Jesús usa esta situación tan humana como un momento de enseñanza, diciendo: «Saben que los jefes de las naciones dominan como señores absolutos, y los grandes oprimen con su poder. Entre ustedes no debe suceder así.” (Mt. 20, 26).

Nadie en los tiempos de Jesús habría dejado de comprender lo que Él acababa de decir. El abuso de la autoridad y del poder de los líderes en el mundo antiguo, tanto secular como religioso era bien conocido por las personas del tiempo de Jesús. En cambio, las palabras de Jesús y sus maneras de relacionarse con los discípulos modelaron una nueva forma de liderar – una manera que yo llamo compañerismo de gracia. Durante los tres años que siguieron Jesús acompañó a sus discípulos como un compañero de gracia. Tanto predicando, sanando, como disfrutando de una buena comida con sus amigos, Jesús modeló una nueva forma de liderar; una forma que Él esperaba reemplazaría la experiencia que los discípulos tenían de autoridad y poder absolutos e ilimitados.

Ser una compañera de gracia, relacionarnos con las integrantes de nuestras comunidades como Jesús con los discípulos con el fin de promover el sueño de Dios, el Reino de Dios, ha sido el compromiso duradero de nuestras congregaciones. A tiempo y destiempo, nosotras, como así también las compañeras de gracia que nos han precedido, hemos trabajado para continuar la misión de Jesús.⁴

Durante más de catorce siglos, guiadas por la consideración orante de las necesidades de los tiempos, los carismas de nuestros institutos y las prioridades pastorales de la Iglesia universal y local, nuestras congregaciones han respondido al llamado de Jesús de proclamar el Evangelio en palabras y hechos.⁵

Hoy, más que nunca, existe un renovado interés en explorar el potencial del liderazgo para promover y sostener el compromiso de nuestras congregaciones con nuestro carisma y nuestros valores fundacionales. Nuestras congregaciones en todo el mundo, junto con los congresos nacionales e internacionales de religiosos, como la UISG, se han dedicado a explorar lo que hace que el liderazgo sea eficaz y capaz de seguir la guía del Espíritu, en la naturaleza evolutiva de la vida religiosa en el mundo de hoy. Vamos a centrar, pues, nuestra atención en algunas de las investigaciones en el arte y la ciencia del liderazgo, en busca de la sabiduría mientras exploramos cómo liderar más plenamente como Jesús lo hizo – como un compañero de gracia.

4. El Desafío al Compañerismo de Gracia en nuestro Mundo Postmoderno

Formular una definición de liderazgo⁶ en nuestro mundo postmoderno⁷ no es tarea fácil. Estudios en el campo del liderazgo y del desarrollo del liderazgo nos dicen que “como el amor, el liderazgo sigue siendo algo que todo el mundo sabe que existe pero que nadie puede definir.”⁸ Sin embargo, tanto estos estudios como nuestra propia experiencia atestiguan el hecho de que “el liderazgo es un fenómeno real y *siempre* y en *todas partes* hace una diferencia.”⁹ En estos años desafiantes de principio del siglo XXI, deseando liderar como Jesús lo hizo, nos preguntamos:

- ¿Qué tipo de liderazgo es el que mejor ilumina nuestra comprensión del compañerismo gracia?
- ¿Cómo el compañerismo de gracia promueve y apoya en las integrantes de nuestras comunidades el carisma, los valores y el compromiso fundacionales de la congregación?
- ¿Dónde pueden líderes e integrantes de comunidades acceder a esta “historia gloriosa”¹⁰ y avanzar con confianza en el futuro, impregnadas con el Espíritu y dispuestas a afrontar los retos de nuestros días con la sabiduría y la profundidad de la imaginación de nuestros fundadores y fundadoras?

Responder adecuadamente a estas preguntas tomaría más tiempo del que tenemos esta mañana. Sin embargo, permítanme comenzar diciendo unas pocas palabras sobre dos elementos de un tipo de liderazgo¹¹ capaz de iluminar nuestro entendimiento de compañerismo de gracia.

En primer lugar, ¡para liderar como una compañera gracia debemos creer profundamente en que el liderazgo es ante todo relación! En segundo lugar, las compañeras de gracia reconocen que el liderazgo es una empresa común y compartida. Exploremos estos dos elementos críticos con más profundidad.

5. Calidad Relacional del Compañerismo de Gracia

Según investigadores claves en el campo del liderazgo y del desarrollo del liderazgo, la característica principal y más profunda del liderazgo es su calidad relacional. Hasta mediados del siglo XX, los estudios en lo que hace un líder eficaz se centraban casi principalmente en la identificación de rasgos, comportamientos y patrones de personalidad de un individuo. Dichos elementos se utilizaban después para evaluar la probabilidad de futura eficacia como líder. Desde entonces, las investigaciones, en particular las investigaciones de carácter interdisciplinario¹², han reconocido que los líderes eficaces poseen una mayor capacidad de relacionarse con los demás de manera madura y saludable. (¡o sea santa!) Por lo tanto, la inteligencia interpersonal¹³, como algunos la llaman, es la primera y principal calidad de un líder eficaz, de un líder capaz de ser un compañero de gracia.

Para enfatizar cuán crítica la inteligencia interpersonal de una persona es para lograr ser una compañera de gracia, estudios en este campo afirman que el liderazgo se entiende mejor como un *proceso* que no reside ni en un líder individual ni en la posición de líder por sí misma. El liderazgo es, más bien, la relación dinámica creada y alimentada entre líderes y miembros de una comunidad.¹⁴

Hace mucho tiempo que hemos reconocido la inteligencia interpersonal de Jesús – aunque no la hayamos llamado así. Por ejemplo, partiendo de un conocimiento y una aceptación de sí mismo profundos y siempre renovados, la capacidad de Jesús de ser un compañero de gracia se evidencia en su capacidad para crear y nutrir profundos y duraderos lazos con otros; lazos que, como nos lo dicen las Escrituras, ni siquiera la muerte podría destruir. Asimismo, Jesús siempre mantuvo formas de relacionarse sanas y santas, incluso a pesar, a veces, de la presencia de conflicto. Como se menciona en los Evangelios en más de una ocasión Jesús pudo intuir las emociones, pensamientos, deseos y aspiraciones de los demás, en parte porque Él estaba muy en sintonía con su propia vida interior.

Quizás durante un momento de quietud en los próximos días o durante su viaje (ya sea largo o no tanto) de regreso a casa, cada una puede reflexionar y meditar sobre su propia inteligencia interpersonal, sobre su propia capacidad de relacionarse con otros de una manera madura, sana y santa. ¿De qué manera su capacidad para la relación mejora su capacidad para liderar como Jesús lo hizo, para ser una compañera de gracia? ¿Dónde necesitaría usted fortalecer su propia inteligencia interpersonal con el fin de liderar de manera más creíble como una compañera de gracia?

6. El Compañerismo de Gracia como Empresa Común y Compartida

Nuestra exploración del compañerismo de gracia se intensifica aún más si consideramos el segundo elemento fundamental del liderazgo: es decir, un liderazgo efectivo hoy en día es un liderazgo comunal y compartido. El liderazgo comunal y compartido va mucho más allá de cómo nos relacionamos con nuestros consejos actuales o con el equipo de liderazgo. ¡El liderazgo comunal y compartido trata de la generatividad!¹⁵ Se trata de proporcionar a las integrantes de nuestras comunidades lo que necesitan para desarrollar sus propias capacidades de liderazgo, ya sea como líderes de nuestros ministerios y/o como futuras líderes de nuestras congregaciones.¹⁶

Como las ciencias humanas nos han enseñado, la generatividad es transcultural y trans-histórica. ¡Es decir, en todas las culturas y en todos los tiempos la tarea central, el proyecto central de la edad adulta siempre ha sido y siempre será el ser generativo! Tener la preocupación vivificante sobre el futuro – ya sea el futuro de la propia familia o el futuro de la propia congregación - es el corazón de lo que significa ser un adulto maduro, sano y santo. La generatividad nos llama diariamente a implicarnos en ese movimiento innato dentro de nosotros, que constituye el más humano de los viajes: el movimiento desde la autorrealización a la auto-trascendencia. Es decir, como líderes evaluamos cada encuentro con una hermana en particular o con una comunidad local y cada decisión de la congregación ya sea grande o pequeña, a la luz del futuro de nuestras congregaciones; ¡sin olvidarnos de que el futuro empieza ahora!

Si aplicamos esto al liderazgo y al desarrollo del liderazgo, vemos que es precisamente a través de relaciones creadas y alimentadas entre líderes y miembros que la generatividad se desata y el carisma es vivificado. Ser educadas, desafiadas y guiadas por miembros de la comunidad que son compañeras de gracia nos compromete en el duro trabajo del desarrollo personal y del desarrollo de las habilidades necesarias para convertirse en líderes eficaces. Además, en la medida en que las integrantes de la comunidad experimentan que sus propias líderes son compañeras de gracia, ya sea a nivel local, provincial o de la congregación, ellas mismas podrán empezar a considerarse capaces de ser compañeras de gracia, capaces de liderar ministerios e incluso la propia congregación en el futuro. Vemos así cómo la generatividad se halla en el centro del liderazgo de la congregación y que “las líderes crean otras líderes, y es de esta manera que el liderazgo se convierte en un proceso compartido y comunal.”¹⁷

Una vez más las invito a crear momentos para reflexionar y meditar

sobre cómo cada una de ustedes es generativa como líder. ¿En tanto que compañera de gracia, cómo ofreces a las integrantes de la comunidad la oportunidad de ser educadas, desafiadas y guiadas en la medida en que se desarrollan tanto personal como profesionalmente, y se preparan a liderar sus ministerios y la congregación en el futuro?

7. El Compañerismo de Gracia y la Narración

En los últimos veinte años he sido bendecida con la maravillosa oportunidad de trabajar con muchas de ustedes y de sus congregaciones a lo largo de Europa, África, Norte y Sudamérica. La primera solicitud que hago a todo Equipo o Consejo de liderazgo es tomar prestada una copia de la historia de su Congregación, de sus Constituciones y de la más reciente Declaración de Capítulo. Dichos documentos contienen la historia única de cada congregación sobre cómo el compañerismo de gracia entre líderes y miembros ha continuado a dar a luz la Encarnación, el Dios-con-nosotros, en un momento determinado y en una cultura en particular. He notado a menudo que como líderes no malinterpretamos la importancia de las historias y documentos de nuestras congregaciones, pero a veces subestimamos cómo dichos documentos pueden utilizarse para mejorar nuestro compañerismo de gracia. Permítanme dar un ejemplo.

Como líderes de congregaciones, estamos encargadas de animar a las integrantes de nuestras congregaciones y de equiparlas para animarse mutuamente en el seguimiento de Jesús, siguiendo la tradición de nuestros fundadores y fundadoras. Las historias contenidas en nuestra historia, los valores proclamados en nuestra Constitución y la expresión contemporánea de dichos valores, que ojala se encuentren plasmados en nuestras más recientes Declaraciones de Capítulo son el medio más potente que tenemos de aprovechar directamente de los deseos más profundos y las más altas aspiraciones de nuestros miembros; los mismos deseos y aspiraciones que encendieron sus vocaciones religiosas al inicio.

¡Jesús entendió muy bien el poder de la narrativa y de la narración para encender la acción en nombre del sueño de Dios! En los Evangelios vemos a Jesús con frecuencia aprovechando de los deseos y aspiraciones de los discípulos al relacionar sus experiencias diarias con las historias contenidas en las Escrituras Hebreas. En nuestros días, los archivos de nuestras congregaciones contienen miles de relatos e historias que esperan ser contadas una y otra vez, para liberar la energía y la visión de nuestros fundadores. Pero tal vez lo que nuestros corazones y nuestra propia experiencia estiman más es la narración que ocurre tanto formal como informalmente en un sinnúmero de maneras tales como: las recepciones, las profesiones, los

jubileos y, quizás de manera más conmovedora, en los entierros de nuestras hermanas en los que, a través de las historias contamos y nos regocijamos en el carisma-hecho-carne.

“La memoria libera energía para el discipulado.”¹⁸ Cuando buscamos un símbolo para un Capítulo, una imagen para un informe de rendición de cuentas al final del término de un equipo de liderazgo, o una carta a la congregación sobre un tema difícil – ¿damos preferencia a un símbolo, historia o “citación citable” del fundador o fundadora? Los símbolos de nuestras congregaciones son el camino más directo a los corazones y las mentes de sus integrantes. Las historias de nuestras congregaciones liberan energía para el discipulado y encienden en nuestros propios días la acción en nombre del sueño de Dios.

No puedo pensar en un mejor ejemplo del poder de la memoria para liberar la energía para el discipulado que este segmento corto de una carta de la historia de mi propia congregación. Las Hermanas Religiosas de la Misericordia aquí presentes reconocerán esta historia relatada con frecuencia. Las invito a todas a escuchar cuidadosamente y a recordar una historia similar dentro de su propia tradición.

Catherine McAuley, una mujer irlandesa, fundó las Hermanas Religiosas de la Misericordia en Dublín en 1831. Una de sus primeras y más cercanas colaboradoras era una joven llamada Fanny Warde. En una carta, fechada de 1879, hermana Frances Warde escribió:

*Ustedes nunca la conocieron [Catherine McAuley]. Yo la conocí mejor que he conocido a nadie en mi vida. Era una mujer de Dios y Dios la hizo una mujer de visión. Ella me enseñó lo que significa ser una Hermana Religiosa de la Misericordia, a ver el mundo y su gente desde el amor de Dios; a amar a todos los necesitados de amor, a atender a todos los que necesitan atención. Es su visión la que me conduce hoy. Es algo glorioso ser una Hermana Religiosa de la Misericordia.*¹⁹

Esta carta escrita treinta y ocho años después de la muerte de Catherine muestra el poder de la memoria y el poder generativo de una relación basada en el compañerismo de gracia. La influencia que Catherine tuvo en Frances era fuerte y profunda y resistió la prueba del tiempo, ¡resistió hasta la muerte misma! Tal vez menos fácilmente reconocible, aunque de igual importancia, fue la capacidad de Frances Warde a interiorizar la visión de Catherine, convirtiéndose, en consecuencia, en una compañera de gracia para las miles de Hermanas Religiosas de la Misericordia que siguieron después de ella.

Cada una de las historias de sus congregaciones contiene historias como la relación generativa entre Catherine McAuley y Frances Warde. Es

a través del hecho de narrar una y otra vez historias como ésta que ponemos a disposición de las integrantes de nuestra congregación el poder y la influencia de estas mujeres sabias, de estas compañeras de gracia y líderes transformadoras que nos han precedido. El acceder a nuestro pasado a través de historias tiene el potencial de liberar una energía increíble en nuestras hermanas que realizan obras de misericordia, ¡que son las obras de Dios!

¡Permítanme ser clara! No contamos historias de nuestras congregaciones para sugerir una vuelta al pasado; ni tampoco contamos nuestras historias para simplemente admirar a aquellas que nos han precedido. Sino más bien para que nuestra narración libere la memoria de las mujeres sabias, compañeras de gracia, y líderes transformadoras que nos han precedido. Sus historias nos introducen más de cerca en la comunión de los santos y luego nos empujan hacia nuestro propio tiempo posmoderno, permitiéndonos actuar con su sabiduría y la profundidad de su imaginación.

¿Cómo han empleado ustedes y sus Consejos o Equipos de liderazgo las historias y documentos propios de sus congregaciones como medio para liberar la energía de sus hermanas para el discipulado? ¿Cómo ha mejorado su compañerismo de gracia con las integrantes de sus congregaciones, aprovechando de su deseo más profundo y de las más altas aspiraciones, mientras ellas realizan las obras de misericordia, que son las obras de Dios?

8. Compañerismo de Gracia: Una experiencia de Weî-jî

A pesar de que la mayoría de nosotras no hablamos mandarín, probablemente todas estaríamos de acuerdo con que el liderazgo de una congregación es a menudo una experiencia de weî-jî; es decir, una experiencia de crisis conformada de ‘peligro’ y de ‘oportunidad’! Sé que hay algunas de entre ustedes aquí presentes esta mañana que saben mandarín y conocen quizás el acalorado debate que se libra dentro del campo de la lingüística sobre su traducción exacta; quiero centrar nuestra atención sólo en la realidad de que cada crisis que experimentamos encierra tanto un “peligro”, como una “oportunidad”. No elegimos con qué crisis nos encontramos como líderes; ¡pero podemos y debemos elegir la posición que tomamos ante ellas!

De hecho cada una de nosotras, en un solo día, se encuentra trabajando en varios frentes. Por ejemplo, por la mañana intenta navegar en el panorama político de un país donde espera abrir una nueva misión. Por la tarde se encuentra, una vez más, tratando de restablecer un diálogo respetuoso y mutuamente beneficioso con un obispo u otra autoridad eclesial que cuestiona su liderazgo o la misión de las hermanas dentro de una diócesis. Y mientras tanto, junto con su Equipo de liderazgo o Consejo se encuentra “de turno” como compañera de gracia de las integrantes de su congregación. Ya sea a

través de contactos personales, llamadas telefónicas, cartas y ¡sí, en nuestros días incluso a través de YouTube videos, correos electrónicos, textos y “tweets”! cada una está encargada, incluso mientras se ocupa de las crisis que se presentan, a animar a las integrantes de la comunidad con la visión, la energía, el reto y el coraje necesarios para servir al pueblo de Dios.

A pesar de que a menudo somos conscientes del “peligro” que tan constante (y muchas veces, desgarradora) obra nos exige espiritual, emocional, relacional y físicamente, a veces resulta difícil vivir bien los años pasados liderando la congregación. Los peligros del agotamiento y la experiencia más común de un “apagón” han sido traídos a nuestra atención no sólo por consejeros y psicólogos ¡sino también por escritores espirituales!²⁰ Cuidar de nuestra salud espiritual, física, emocional y relacional es un bien en sí mismo; pero está también, no lo olvidemos, al servicio de llevar a cabo la misión de liderazgo que nos ha sido confiada.

El compañerismo de gracia exige que las líderes conozcan y practiquen maneras de mantener su salud y resistencia en todos los ámbitos de la vida. Dos medios eficaces a menudo empleados por las líderes de congregaciones son 1) comprometerse diariamente a tiempos de oración, reflexión y soledad y 2) buscar, encontrar y mantener una relación permanente y profunda con un director espiritual, consejero, figura de sabiduría o supervisor. Estas dos prácticas son tanto espiritual como psicológicamente valiosas. Cada una nos ofrece un espacio suficientemente seguro donde las alegrías y esperanzas, desilusiones y traiciones que forman parte de la experiencia de liderazgo pueden ser rezadas y exploradas con otra persona.

Durante mucho tiempo he sido nutrida por el versículo del libro de Proverbios que nos recuerda que llegamos a conocernos a nosotros mismos en el otro. Ya sea a través de la oración, la dirección espiritual o la supervisión, a nosotras como líderes se nos ofrece la oportunidad de obtener claridad y visión sobre nosotras mismas y sobre nuestras congregaciones. Y aunque no creo que comunicarse por teléfono o por internet (por ejemplo por Skype) sea la mejor manera de servirse de las prácticas que acabo de mencionar, he trabajado lo suficiente con algunas de sus congregaciones y comunidades en los países en desarrollo como para afirmar firmemente que si se trata de la única forma de encontrar y mantener una relación continua con un consejero o supervisor, ésta debe ser alentada y proporcionada.

El segundo elemento de cada *weî-jî*, de cada crisis, es la “oportunidad” que ofrece para el nacimiento de algo nuevo, de algo más. Las historias de nuestras congregaciones están llenas de compañeras de gracia, de líderes transformadoras que en medio de crisis fueron capaces de encender la energía psíquica y espiritual de sus integrantes, al servicio del carisma.²¹ ¡Y en

nuestros días no podemos hacer menos! Como compañeras de gracia debemos “leer los signos de los tiempos” y ofrecer interpretaciones prácticas y contemporáneas de nuestros carismas. Asimismo estamos llamadas a desafiar a las integrantes de nuestra comunidad a la fidelidad y promover la adecuada adaptación y renovación de la vida comunitaria y de la misión, al mismo tiempo que les proporcionamos visión e inspiración mientras avanzamos hacia un futuro desconocido.

Nuestras congregaciones anhelan líderes que apunten al futuro, listas para seguir la guía del Espíritu. ¡Aunque nuestra manera de vivir y de misionar sea diferente de la del pasado, nuestra dedicación a la visión del fundador de nuestras congregaciones debe permanecer! Nuestra capacidad como compañeras de gracia para liderar en una época de incertidumbre (¡lo que quiere decir en todas las épocas!) se ve reforzada por lo siguiente. *En primer lugar*, “sentirse en casa” con nosotras mismas y tener una capacidad concomitante de relaciones saludables (y recordemos que saludables significa santas) con las demás que se demuestre en el hecho de ser accesible, flexible, y abierta al diálogo; y al mismo tiempo permanecer comprometida con el carisma fundador y los valores de la congregación. Esto, a su vez, facilitará la competencia para permitir y alentar a las integrantes de la congregación a recurrir a sus propios recursos, convirtiéndose así en compañeras de gracia para los demás.

En segundo lugar, las líderes deben tener la capacidad de ser “críticas realistas.”²²

Es decir, mirar la realidad de frente y comunicar gozosa esperanza.²³ Esta capacidad se ve reforzada por el valor de actuar a pesar de los obstáculos, ya sean políticos, eclesiales, o que surjan dentro de nuestras propias congregaciones. *En tercer lugar*, la capacidad de articular el carisma de manera fresca y convincente a pesar de los tiempos cambiantes y complejos en que nos encontramos, tanto en nuestro mundo como en nuestra iglesia. Y por último, nuestra capacidad de estar atentas al misterio de Dios donde quiera, cuando quiera y de cualquier manera que Dios elija para darse a conocer.

No me hago ninguna ilusión sobre el hecho de que esta tarea es enorme. ¡El compañerismo de gracia pide todo de nosotras! Es en momentos como éstos que me refiero al compañerismo de gracia de Joseph Cardinal Bernardin, ex arzobispo de la ciudad de Chicago. En el Sínodo de 1994 sobre la vida consagrada nos recordó que “vivimos en una época de crisis (un tiempo de *weî-jî*) para la vida consagrada, pero también en un tiempo de creatividad. Es un momento de crisis debido a las profundas tensiones que afectan a la sociedad y la iglesia [...]. Es un momento de creatividad, como lo son todos

los tiempos de crisis, porque el Espíritu Santo parece estar particularmente activo en tiempos de transición.”²⁴

9. El Compañerismo de Gracia y el Poder

Cerramos nuestra exploración esta mañana con algunas reflexiones sobre el uso del poder como un compañero de gracia. Debido a que el poder a menudo se utiliza para oprimir en lugar de empoderar, con frecuencia experimentamos “poder” como una palabra que da miedo.²⁵ Las palabras que dan miedo son aquellas de las que tenemos una comprensión inadecuada; palabras que provocan en nosotros una inquietante respuesta emocional.

¡Como compañeras de gracia no podemos permitirnos que el ‘poder’ sea una palabra que da miedo! En Mateo 20,26 vemos que Jesús no viene a abolir la necesidad de autoridad y de poder; sino más bien que restablece estas dinámicas humanas para encender y liberar energía al servicio del Evangelio.

Las ciencias humanas, en particular la psicología y la sociología entienden ‘poder’ como ‘influencia’. Cuando tenemos poder, podemos influir. Y de la misma manera, ¡cuando tenemos influencia tenemos poder! Nuestro seguimiento de Jesús y la adopción de su manera de liderar exige que nombremos, reclamemos y empleemos el poder y la influencia que tenemos como líderes de congregación. Quizás, el reto que tenemos ante nosotras es estar alertas y listas a emplear los tipos no utilizados de poder que tenemos a nuestra disposición cada día. Por ejemplo:

- *El poder del estímulo:* en este mismo momento, en algún lugar de este planeta, hay al menos una integrante de nuestras congregaciones o una líder local o provincial que está atravesando un combate. Tal vez dicha hermana esté experimentando una avalancha de dudas sobre su vocación o sobre una importante decisión que tuvo que tomar la semana pasada. ¡Reconozcan el poder de estímulo que poseen! Su aliento, y no una respuesta a las dudas o luchas, tiene el poder de liberar la energía necesaria, la visión y el coraje que la hermana necesita hoy para mirar la realidad de frente y mantener la esperanza.
- *El poder de la hospitalidad:* muchas congregaciones afirman la hospitalidad como sello distintivo de su carisma. Como sabemos, ser hospitalarias va mucho más allá de dar la bienvenida a alguien en nuestras casas y conventos. ¡Imaginen el poder que poseen para encender la energía psíquica y espiritual de las integrantes de sus congregaciones por el hecho de dar acogida a nuevas ideas, independientemente de quien es la persona que las ofrece!²⁶ Aunque no todas las nuevas ideas darán fruto, una actitud hospitalaria

señala a las hermanas que todas están llamadas a participar en el diseño de cómo la congregación continuará a servir al pueblo de Dios.

- *El poder de resiliencia:* la resiliencia se describe a menudo como el espacio y el tiempo entre la decepción y el compromiso, entre la tristeza y la sanación y entre la ofensa y el perdón. ¡Reconozcan y afirmen el poder de la resiliencia en sus propias vidas!²⁷ Repongan sus propias necesidades espirituales, emocionales, relacionales y físicas para tener la energía suficiente para ser generativa, capaces de actuar con el coraje y la profundidad de la imaginación tan necesarios en el liderazgo religioso de hoy en día.

El poder del estímulo, de la hospitalidad y de la resistencia son sólo tres de los cientos de tipos de energía que poseemos; ¡poder que es influyente en el sostenimiento de las integrantes de nuestras congregaciones, mientras continúan haciendo las obras de misericordia, que son las obras de Dios!

10. Conclusión

¡Catherine McAuley, fundadora de mi congregación fue, probablemente como sus fundadores y fundadoras, una persona eminentemente práctica! Las primeras Hermanas Religiosas de la Misericordia en Irlanda recordaban a Catherine alentándolas para que “intenten parecerse a Jesús al menos en una cosa grande.”²⁸ Esta mañana hemos explorado cómo podríamos profundizar nuestra propia semejanza a Jesús en por lo menos una gran cosa: volviéndonos o fortaleciendo nuestra capacidad de ser compañeras de gracia que ofrecen visión, energía, desafío y valor a nuestras hermanas que se encuentran actualmente sirviendo al pueblo de Dios.

Jesús fue claro cuando se enfrentó a los abusos de autoridad y de poder tan frecuentes entre los líderes del mundo antiguo, tanto secular como religioso. Notando estas mismas actitudes en los discípulos Él fue firme: “Entre ustedes no debe suceder así.” Jesús modeló un tipo de liderazgo que era altamente relacional y generativo. Tuvo acceso inmediato a la valentía e imaginación de sus discípulos uniendo sus experiencias presentes al pasado; y a través del hacer memoria liberó su energía para el discipulado. Jesús vivió el ritmo sano de la contemplación y la acción. Centrado en Dios y alimentado a través de sus tiempos de oración, de soledad y de compañerismo alrededor de la mesa con su amigos, Él mantuvo su capacidad para enfrentar las crisis y no desmoronarse, para enfrentar la realidad y comunicar esperanza a sus seguidores. Además utilizó su poder e influencia no para oprimir sino para capacitar a aquellos que estaban dispuestos a promover el Reino de Dios, el sueño de Dios. Podamos nosotras, como compañeras de gracia, líderes transformadoras de congregaciones en todo el mundo, salir de esta Asamblea

Plenaria cada vez más seguras de que nuestra misión de liderazgo, inspirada en la de Jesús, apoyará y sostendrá a nuestras hermanas que sirven al pueblo de Dios de manera fresca y convincente. Es éste el tipo de liderazgo al que somos llamadas. Gracias.

- 1 Leonard Doohan, *Liderazgo Espiritual: La Búsqueda de Integridad* (Mahwah, NJ: Prensa Paulista, 2007); Bernard M. Bass y Ronald E. Riggio, *Liderazgo Transformacional*, 2^{da} Ed. (Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, Inc. 2006); James MacGregor Burns, *Liderazgos Transformadores* (Nueva York: Grove Press, 2003); Christine Cameron, *El Liderazgo como un Llamado al Servicio: Las Vidas y Obras de Teresa de Ávila, Catalina de Siena y Teresa de Lisieux* (Ballanm Australia: Connor Court Publishing, 2012).
- 2 Timothy Fry, ed., *La Regla de San Benito* (Bloomington, IN: La Ventaja de los Clásicos Espirituales, 1993).
- 3 Adaptadas de preguntas preparadas para el "Programa Para la Misión" (Silver Spring, MD: Conferencia de Formación Religiosa); Bernard J. Lonergan, *Método de Teología* (Nueva York: Herder, 1972); Tad Dunne, *Lonergan y Espiritualidad: Hacia una Integración Espiritual* (Chicago: Loyola Press, 1985).
- 4 Juan Pablo II, *Exhortación Apostólica: Vita Consecrata* (1996) §18; Ver también Mary Maher, "Llamadas y Enviadas: Reflexiones sobre una Teología de Vida Religiosa Apostólica Hoy," (Roma: Unión Internacional de Superiores Generales, 2011).
- 5 Brenda Dolphin, Mary Pat Garvin, Cait O'Dwyer, "Liderazgo en la Vida Consagrada Hoy," *La Formación y la Persona: Ensayos sobre la Teoría y la Práctica*, eds. Alessandro Manenti, Stefano Guarinelli y Hans Zollner (Leuven, Belgium, Peeters, 2007).
- 6 El liderazgo, un concepto elusivo, ha sido estudiado por miles de años. En los últimos cincuenta años, el liderazgo ha sido examinado intensamente. Una investigación extensa de sociólogos, psicólogos organizacionales y educadores (para nombrar solo algunos) ha ofrecido no menos de 350 diferentes definiciones. Un estudio superficial de los libros sobre el liderazgo, escritos en inglés y actualmente en el mercado recoge 150.000 títulos.
- 7 Donna Markham, "Un Mensaje a los Líderes Post-modernos," *Desarrollo Humano* 23/2 (2002) 19-24. Markham se dirige a los líderes de congregaciones religiosas y los insta a no subestimar "los momentos de intersección [moderno / postmoderno] de una agitación cultural generalizada que está impregnando nuestra vida de fe, y que impregna cada aspecto de nuestra realidad global" (20). Recomienda vivamente que los líderes de las congregaciones religiosas se familiaricen con lo que esta agitación significa para la vida religiosa de hoy en día. Ver también Sandra Schneiders, *Encontrando un Tesoro: Colocar la Vida Religiosa Católica en un Contexto Eclesial y Cultural Nuevo* (Nueva York: Prensa Paulista, 2000) en particular el Capítulo 6 "La Vida Religiosa en Transformación Espiritual II: Ilustración y Postmodernidad, ¿una Noche Oscura

- Pasiva?; Heidi Schlumpf, "Sandra M. Schneiders: Futuro Profético para Religiosas." Boletín de la UISG 148 (2012) 40-45; Paul Lakeland, *Postmodernidad: Identidad Cristiana en una Era Fragmentada* (Minneapolis: Fortress Press, 1997).
- ⁸ Warren Bennis y Burt Nanus, *Líderes* (Nueva York: Harper & Row, 1985) 5; Ver también Warren Bennis, *Convirtiéndose en un Líder* (Nueva York: Basic Books, 2009).
- ⁹ William Foster, "Hacia una Práctica Crítica del Liderazgo," *Perspectivas Críticas sobre el Liderazgo Educativo*, ed. John Smyth (Filadelfia: The Falmer Press, 1989) 49.
- ¹⁰ Juan Pablo II, *Exhortación Apostólica: Vita Consecrata* (1996) §110.
- ¹¹ Foster, 1989, 51.
- ¹² Luigi M. Rulla, Joyce Riddick, Franco Imoda, *Antropología de la Vocación Cristiana: Confirmación Existencial*, Vol. 2 (Roma: Prensa de la Universidad Gregoriana, 1989); Ver también Franco Imoda, *Desarrollo Humano: Psicología y Misterio* (Leuven, Bélgica: Peeters, 1998).
- ¹³ Howard Gardner, *Inteligencias Múltiples: Nuevos Horizontes* (Nueva York: Basic Books, 2006).
- ¹⁴ Foster, 1989, 52.
- ¹⁵ Foster, 1989, 53.
- ¹⁶ Una nueva aventura en el desarrollo del liderazgo es el *Programa de Desarrollo de Liderazgo Colaborativo* (CLDP). Dicho programa es una experiencia de aprendizaje multi-congregacional, multi-nacional, multi-facético para integrantes (de menos de 60) de comunidades religiosas basadas en los Estados Unidos. Para más información sobre dicho programa, contactar Kathy Wade: kwade42@gmail.com.
- ¹⁷ Foster, 1989, 57.
- ¹⁸ Elizabeth A. Johnson, *Amigas de Dios y Profetas: Una Lectura Teológica Feminista de la Comunión de los Santos* (Nueva York: Continuum Press, 2000) 66.
- ¹⁹ Frances Warde, *Carta a Hermana Mary Gonzaga O'Brien*, 1879.
- ²⁰ Robert Wicks, *Rebote: Viviendo la Vida de Resistencia* (Nueva York: Prensa de la Universidad de Oxford, 2010). "Los apagones" son aquellos momentos de fatiga mental y emocional que frecuentemente estimulan auto-dudas no sanas, que nos quitan la confianza necesaria para llevar a cabo nuestro ministerio como líderes de nuestras congregaciones.
- ²¹ Esta sección se basa en las *Dimensiones del Liderazgo: Capacidades, Habilidades y Competencias para un Liderazgo Efectivo* (Silver Spring, MD: Conferencia de Liderazgo de Religiosas, 1997).
- ²² Lonergan, 1972, 239; Congregaciones de Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, *El Servicio de la Autoridad y la Obediencia* (2008) §13.
- ²³ Ver Patricia Farrell, "Navegando los Cambios" Discurso de la Presidente de la LCWR 2012.
- ²⁴ Joseph Cardinal Bernardin, "Autenticidad y Diversidad en la Vida Consagrada," *Origines* 24/18 (1994) 309.
- ²⁵ Kathleen Norris, *Gracia Sublime: Un Vocabulario de Fe*. (Nueva York: Riverhead Books, 1998).
- ²⁶ Margaret Wheatley y Deborah Frieze, "Liderazgo en la Era de la Complejidad: De Héroe a Anfitrión," *Salir y Seguir avanzando: Un Viaje de Aprendizaje hacia Comunidades que se Animan a Vivir el Futuro Ahora* (San Francisco: Berrett-Koehler Publishers, 2011).
- ²⁷ Robert J. Wicks, *Rebote: Viviendo la Vida de Resistencia* (Nueva York: Prensa de la Universidad de Oxford, 2010); Jill Geisler, *Trabajar Feliz: Lo que Los Buenos Jefes Saben* (Nueva York: Hachette Book Group, 2012).
- ²⁸ Mary C. Sullivan, ed., "El Manuscrito de Limerick," *Catherine McAuley y la Tradición de Misericordia* (Notre Dame, IN: Prensa de la Universidad de Notre Dame, 1995) 181.

EL EJERCICIO DE LA AUTORIDAD EN UNA COMUNIDAD ADULTA

Hna. Charlotte Sumbamanu, STCJ de Kinshasa

La Hna. Charlotte Sumbamanu es la Superiora General de la Congregación de las Hermanas de Santa Teresa del Niño Jesús en Kinshasa. Es licenciada en Comunicación Social y ha participado activamente en la creación y apertura de la RTCE (Radio Televisión Elykia Católica) como directora ejecutiva de los programas.

Original en Francés

Introducción

Varios modelos sociológicos de gobierno han influenciado con frecuencia el ejercicio de la autoridad eclesial y religiosa. Basta con pensar en la familia romana, en las monarquías, a los lazos feudales, en la disciplina napoleónica.

El hombre moderno se encuentra marcado por una evolución vertiginosa que lo predispone a apropiarse de nuevas maneras de existir y de habitar este mundo cambiante. La mundialización hace de nuestro mundo un “aldea global”, particularmente gracias a los espectaculares avances de las nuevas tecnologías de información y comunicación. En consecuencia, dicha mundialización impone su propia cultura, su propia mentalidad. Es por ello que hablamos de una nueva ética mundial. Y esto tiene un impacto significativo no solo en el mundo, sino también en la Iglesia y, de manera particular, en la vida consagrada.

A partir de esta nueva cultura, vemos surgir nuevos conceptos tales como la responsabilidad compartida, la igualdad, la autonomía, el desarrollo sostenible, la diversidad cultural, la calidad de vida, las orientaciones sexuales, el aborto sin riesgos, la homo-parentalidad, el derecho de elegir su propia

muerte, las organizaciones no gubernamentales, la sociedad civil, la colaboración, el consenso, los “win-win” (situaciones en las que todas las partes involucradas resultan beneficiadas)¹.

Dichos conceptos, no solo expresan aspiraciones cuestionables, sino también las más graves desviaciones de una ideología permisiva, que son la antítesis de los valores judeo-cristianos, es decir : la verdad, la moral, la consciencia, la voluntad, la paternidad, la virginidad, la castidad, la autoridad, la jerarquía, la justicia, el pecado, el enemigo, etc. Y esto se hace eco - en lo que concierne a nuestro tema - en la substitución de conceptos tales como moderación/acompañamiento/coordinación en vez de la autoridad y la igualdad en vez de la jerarquía.

Además, se observa que « *la manera de percibir y de vivir la autoridad y la obediencia ha cambiado, tanto dentro de la Iglesia como dentro de la sociedad. Y esto se debe, entre otras cosas: a la toma de consciencia del valor de cada persona, con su vocación y sus dones intelectuales, afectivos y espirituales, con su libertad y su capacidad de relación ; al lugar central de la espiritualidad de comunión², con el consecuente realce de los instrumentos que ayudan a vivirla; a una manera diferente y menos individualista de concebir la misión, compartiendo con todo el pueblo de Dios, y sus consecuentes formas de colaboración concretas.* »³ Esta situación se ve reforzada por “la cultura” de las sociedades occidentales, fuertemente enfocadas sobre el individuo y su autonomía.

Se comprende, pues, la importancia de una reflexión renovada sobre el ejercicio de la autoridad en el seno de una comunidad adulta. Nuestra intervención, intitulada: “*El ejercicio de la autoridad en una comunidad adulta*” se articulará en tres puntos, a saber:

1. *Noción de la autoridad en la Iglesia*
2. *Fundamentos de la autoridad y su necesidad*
3. *Imagen de una comunidad adulta y conclusión*

1. Noción de la autoridad en la Iglesia

1.1. Aclaración de los conceptos de autoridad y obediencia

La autoridad es la habilidad y la capacidad de mandar y ser obedecido.⁴ Implica nociones de legitimidad y poder, de comando y obediencia. No debe confundirse con el autoritarismo. Esto significa que el ejercicio de la autoridad supone imperativamente la obediencia. Por lo tanto, los términos autoridad y obediencia son correlativos. Entre los dos términos de autoridad y obediencia hay una orden (un comando). Por lo tanto, el diagrama sería el siguiente:

autoridad-comando-obediencia.

El término autoridad evoca poder o dominación. La autoridad se define como “la capacidad de ejercer una influencia sobre los demás, de acuerdo con las normas establecidas y compartidas con ellos”⁵. Según Max Weber, la autoridad de un individuo sobre otro se basa en la legitimidad. Weber destaca las diferentes fuentes de legitimidad, que corresponden al carácter de una autoridad que es aceptada y reconocida por los gobernados.⁶ Y **el poder** es considerado por el mismo autor como “toda posibilidad de hacer triunfar la voluntad propia en el seno de una relación social, incluso en contra de toda resistencia, sin importar en qué se base dicha posibilidad.”⁷ Y, según J.M. Denquin, para tener poder hay que saber mandar, hacerse respetar y hacerse obedecer.⁸

La eclesiología de comunión del Concilio Vaticano II ha dado lugar a una nueva visión de la autoridad, de la comunidad, del sujeto y de la obediencia. Por lo tanto, insistimos hoy en día sobre los términos *superior, moderador, responsable y coordinador* por un lado; y por el otro, sobre los términos *personalidad, consciencia, autonomía, conformidad al bien común, responsabilidad*.

Y en el gobierno de la Iglesia recurrimos seguido a los términos *subsidiaridad, colegialidad, co-responsabilidad, pluralismo, comunidad*. Si son mal comprendidos, estos términos suelen ser confundidos con *independencia, democracia* (gobierno del pueblo), y sobre todo con *anarquía y libertinaje*.

De lo expuesto hasta aquí podemos concluir que la autoridad corresponde a un valor reconocido y atribuido o conferido. Difiere, pues, del autoritarismo. La autoridad está ligada a la legitimidad, y la persona que la ejerce debe a respetar las normas establecidas y aceptadas por todos. El autoritarismo, en cambio, se refiere al poder, a la dominación, e incluso a la hegemonía y puede ejercerse sin el consentimiento de los subordinados. En el contexto religioso, vale la pena subrayar que la autoridad es un poder para el bien de los demás, para su santificación.

Obedecer quiere decir someterse a alguien, conformándose a lo que él ordena o pide; es plegarse a la voluntad del otro, de la misma manera que un niño obedece a sus padres, el súbdito a su señor, el individuo a la ley. Esto parece indicar que en toda forma de organización social existen relaciones con la autoridad, cuyo establecimiento puede ser consentido por las diversas partes o puede ser tácito. Y la obediencia consistiría en adherir a los valores indicados por dicha autoridad. Obedecer es la actitud de una persona madura, (adulta) ya que no se trata de renunciar a su propia persona y a su voluntad, sino más bien de elevarse gracias a la búsqueda de los valores establecidos

por la autoridad.

Esto implica una gran determinación de la voluntad, que solamente podemos observar en las personas libres, capaces de comprender, de elegir y de desear; personas que son lo suficientemente maduras como para aceptar, espontáneamente y de manera responsable, las normas de vida en comunidad, (en sociedad,) dentro del ejercicio generoso de sus propios deberes y del respeto por los derechos de los demás.

La obediencia, en su dimensión natural y puramente humana, es el acto de una persona inteligente y libre que dice sí delante de una posición reconocida aceptable (admisible) y aceptada por la sociedad. Es la capacidad que tiene un adulto de asumir, en conocimiento de causa, su propio cargo y su propio rol en el seno de una comunidad.

En cuanto al comando, se trata de la acción de la persona que comanda, es decir que da una orden. En el cuadro de la autoridad, el comando es necesario y legítimo en tanto y cuando las personas reconocen el fundamento de la orden recibida (planificaciones, diálogos, preparaciones, ejecuciones, etc.); Solo entonces las personas consienten y obedecen.

La sumisión según el Nuevo Testamento, “es una actitud que consiste en ceder voluntariamente a los consejos o las exhortaciones de otra persona, una actitud de cooperación con el otro. En efecto, la sumisión no significa dejarse controlar o dirigir, sino que es, más bien, una actitud que consiste en ceder a los demás en la medida en que ellos reflejen el pensamiento del Señor.”⁹

En este sentido, la obediencia no se detiene a la sumisión, sino más bien llega a la persona que ordena y con quien se entra en relación. Cuando existe esta relación interpersonal, la obediencia se convierte en una actitud de amor, que es la actitud típica del cristiano.

2. Fundamento de la autoridad y su necesidad

En la Iglesia Católica Romana, las Sagradas Escrituras son revestidas de toda la autoridad moral que Dios ejerce sobre sus criaturas.¹⁰ Esta realidad nos revela que el Señor nuestro Dios permanece siempre como una autoridad inquebrantable.

2.1. El fundamento de la autoridad

“No hay autoridad que no provenga de Dios” (Romanos 13, 1), para el servicio y en el espíritu de la verdad. Por otra parte, en la historia de los Hijos de Zebedeo, Jesús critica la mentalidad mundana caracterizada por el poder, la dominación. Recomienda un nuevo estado de espíritu: “*el que quiera ser*

grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero que se haga su esclavo.” (Mt. 20, 26). En este mundo, los dirigentes funcionan sobre la base de la estructura socio-política, una jerarquía que asegura la obediencia a sus órdenes, y por lo tanto a su poder. Para los paganos, la autoridad se funda sobre la posición y el rango; en el reino de Dios, la autoridad es reconocida a aquellos cuyo carácter se asemeja al carácter de Dios. Es por ello que Cristo dijo lo siguiente del dirigente en el Reino de Dios: *“el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos.” (Mc. 10,43-44).* A los ojos de nuestro Señor, “el ser precede al hacer y el hacer viene del ser. Dicho de otra manera: la función proviene del carácter. Los que sirven, lo hacen porque son servidores.”¹¹ En el mundo pagano, se mide la grandeza de una persona por el poder externo y el peso de su posición sobre los demás. En el Reino de Dios, la grandeza se mide por la humildad interior y el servicio como actitud exterior; los dirigentes no quieren ser particularmente honrados y se consideran los más pequeños. Es por eso que el Señor no esconde su desaprobación de esta concepción de autoridad. Dice incluso : *« Entre ustedes no debe suceder así. »(Mt. 20, 26 ; Mc. 10,43).* Para Jesús, autoridad equivale a servicio y es ésta su razón de ser en los Evangelios. Esta es la regla de oro que ordena la verdadera práctica de autoridad en la Iglesia: el servicio. En dicho sentido, la palabra de Dios viene primero y Jesucristo es su único fundamento, Él que vino para servir y dar su vida por el rescate de una multitud. (Mt .28, 18 / Jn 3,30-36).

2.2. Necesidad de la autoridad

La autoridad es necesaria en toda organización que reagrupa a seres humanos. La necesidad de establecer la autoridad reviste un doble carácter: **natural y sobrenatural.**

En el **nivel natural**: no existe ningún grupo humano capaz de armonizar por si mismo su vida interpersonal y lograr los objetivos que se ha fijado sin una norma (de orden interior) y sobre todo sin un responsable a quien los demás deban referirse. Nadie puede dudar del hecho de que un grupo social sin un responsable dinámico es constreñido al rol que los demás le reconocen y condenado a vivir en una anarquía que pone en peligro los objetivos e ideales que se ha fijado.

No en vano Françoise Rossetti Herbelin estima que las funciones de la autoridad son ante todo: **la garantía de la ley, la facilitación de la tarea del grupo y la facilitación de las relaciones internas.** La facilitación de la tarea de grupo se sitúa al nivel de la estimulación del grupo, de la coordinación de los esfuerzos, de la toma de decisiones sobre los medios oportunos en vistas de lograr los objetivos del grupo. Mientras que la facilitación de las

relaciones internas reside en el aumento de la cohesión, el fortalecimiento de la moral, el mantenimiento de la unidad del grupo.¹²

De la misma manera, en el **plano sobrenatural**, debemos recordar que el Instituto religioso y las comunidades que lo componen son comunidades de Iglesia. Son deseadas y públicamente constituidas por la autoridad eclesiástica competente. “No existe en ningún lugar dentro de la Iglesia una comunidad eclesial que no tenga un responsable. Si así fuera, dicha comunidad sería fantasiosa, inválida y sobre todo no respondería a la naturaleza eclesial de su realidad como parte integrante del pueblo de Dios.”¹³

Desde esta óptica, el papa Juan Pablo II hace hincapié en el hecho de que “En la vida consagrada, el rol de los superiores y las superiores generales siempre ha tenido una gran importancia para la vida espiritual y para la misión ... aquellos que ejercen la autoridad no pueden renunciar a sus deberes de primeros responsables de la comunidad, como guías de sus hermanos y hermanas sobre el camino espiritual y apostólico.”¹⁴

En este servicio de gobierno, “no es fácil, en medios fuertemente marcados por el individualismo, hacer reconocer y acoger el rol que la autoridad ejerce para el provecho de todos. Sin embargo, hay que reafirmar **la importancia** de dicho cargo, que se revela como **necesario**, precisamente para consolidar la comunión fraterna y para no volver vana la obediencia profesada.”¹⁵

Con justa razón el papa Benedicto XVI decía en su discurso a los superiores y superiores que “el servicio de la autoridad exige una presencia constante capaz de animar y proponer, de recordar la razón de ser de la vida consagrada, de ayudar a las personas que les son confiadas a responder con fidelidad siempre renovada a la llamada del Espíritu.¹⁶ La autoridad y la obediencia son un ejercicio de caridad, de la nueva ley que es el amor para conducir a la voluntad de Dios (cfr. Jn 5, 9-15 / Jn 6, 57), a la santidad.

3. La autoridad en una comunidad adulta

Una comunidad adulta es una forma de vida en el que los miembros han adquirido la suficiente madurez en su conocimiento y el suficiente crecimiento a nivel físico, psicológico, intelectual, moral y espiritual y poseen una cierta experiencia sobre los seres humanos y los acontecimientos, una perspicacia sobre las cosas y un buen nivel de rectitud y de lucidez en la apreciación de los valores, de los seres humanos y de los acontecimientos. Son capaces de actuar de manera responsable, libre, leal, coherente y armoniosa con los valores integrados, en este caso, con las exigencias de la vida consagrada.

3.1. Figura de los miembros de una comunidad adulta

Antes de proceder a la descripción de la figura de los miembros de una comunidad adulta, conviene en primer lugar, dar un bosquejo de una persona adulta: de lo que ella es y de lo que ella no es.

3.1.1. Lo que es un adulto en el plano humano

Un adulto es una persona que ha alcanzado su pleno desarrollo, que ha llegado a una madurez que le confiere un dominio sobre sus medios físicos e intelectuales, y que lo vuelve psicológica y espiritualmente capaz de una rectitud de juicio.

El adulto posee una capacidad de tomar decisiones libres y de cumplir con sus compromisos; es una persona orientada hacia realidades y cuestiones trascendentales, abierta a los problemas de los demás y del mundo; una persona que ha adquirido una cierta experiencia de los seres humanos y de las cosas; que se vuelve menos severa, más comprensiva. Una persona que sabe que todo ser humano posee límites y defectos y que no se escandaliza por ello.

Según Feu Cardinal Malula, fundador de la Congregación de las hermanas de Santa Teresita del Niño Jesús de Kinshasa, una persona adulta próspera es *“una persona responsable, que tiene convicciones personales y que se esfuerza en ponerlas en práctica y en compartirlas, que actúa, que es capaz de iniciativas y de experiencias originales.”*¹⁷ El adulto es aquel que ha abandonado o que abandona progresivamente los actos infantiles.

3.1.2. Lo que es una persona no-adulta en el plano humano

Una persona no-adulta muestra y se complace en sus defectos de infancia; se interesa en trivialidades y en sus propias pequeñas satisfacciones; se detiene en cosas banales y accesorias, en vez de las cosas esenciales; se preocupa más por sus derechos que por sus deberes; cae fácilmente en la queja, en los reclamos y en las críticas negativas. Es una persona narcisista que pretende ser el centro de interés de su comunidad, sin ninguna apertura al interés común o al de los demás.

Según lo que acabamos de afirmar, podemos estimar que una religiosa adulta es una persona que hace *“una elección de una vez por todas y que lleva en sí la pasión del amor de Dios, la pasión de la caridad que prohíbe toda mediocridad y toda vida fácil. Su vida se vuelve una búsqueda incesante de la perfección en el amor.”*¹⁸

En la vida religiosa, ser adulto es saber vivir según la opción fundamental, acogiendo radicalmente todas las exigencias de su estado de vida con gozo y responsabilidad, más allá de cualquier tipo de dificultad que venga a

presentarse en el camino. La religiosa adulta asume con serenidad los derechos y deberes ligados a su estado y se mueve dentro de los límites que ellos confieren, de tal manera que se transparente en ella una apertura voluntaria, sin compulsión o de mala gana, a las exigencias de su vida. En pocas palabras, una persona que ha optado por Jesús y por Jesús crucificado, que se consagra a Su misión de salvación, y que Lo ha conocido ya lo suficiente a través de la experiencia de la oración, de la obediencia, de la dedicación fraterna, del servicio apostólico, de una real pobreza y de una disciplina de vida.

3.2. *Figura de la autoridad en una comunidad adulta*

La persona de autoridad en una comunidad adulta es, en primer lugar, un miembro de dicha comunidad y debe, por lo tanto, encarnar los valores y la visión (Carisma y Espiritualidad) de su comunidad. La autoridad se conjuga en términos de obediencia, de misión y de servicio.

La autoridad es obediencia: la superiora es la primera a obedecer, porque su autoridad se ejerce en la docilidad a la Palabra de Dios, y por lo tanto en la obediencia a Dios: su autoridad se ejerce estando a la escucha de Dios, del Magisterio de la Iglesia, del derecho propio, al servicio del bien común, de cada miembro de la comunidad y de la misión. Como lo subraya el padre Bernard Ducruet, en la comunidad cristiana, la autoridad está al servicio de la Palabra de Dios. Se distingue así de toda otra forma de comunidad. Se basa en la Palabra clara y obvia de Dios que nos es dirigida en Jesucristo. En la comunidad espiritual, lo primero es la Palabra de Dios y Jesucristo es su Único fundamento.¹⁹

La autoridad es misión que podemos asociar a la triple función del ministerio pastoral de los obispos de la Iglesia (MR 13). El Superior o la Superiora gobierna enseñando a santificarse. El Superior debe conducir a la santidad.

El abad, dice San Benito, “recordará sin cesar el nombre que lleva” y que define la misión que tiene de conducir al Padre los hijos de Dios que le son confiados.²⁰ En la comunidad, **la superiora es madre**, pero no de la misma manera en que lo son los padres biológicos que educan a sus hijos, a pesar de que hay a veces una cierta analogía. Es madre a la manera de Cristo entre sus discípulos. Cristo tenía la misión de revelarles al Padre, de conducirlos al Padre a través de toda su persona, de su ejemplo, de sus enseñanzas. La superiora no es una simple sustituta de la madre natural que podría habernos faltado; su objetivo no es colmar los vacíos afectivos de nuestra infancia. La maternidad de la superiora enseña a la hermana a descubrir su origen y su gestación en Dios.²¹ En este sentido, hay un proverbio ruandés que dice: “El

único que realmente engendra es Dios, los hombres sólo pueden educar.”

Solamente la superiora que es perfectamente fiel a la Palabra de Dios puede considerar su gestación en Dios, mostrándose ella misma obediente al Evangelio, a la Iglesia y a su derecho propio.

Por ello, San Benito agrega: “No enseñará, no constituirá ni ordenará nada fuera de las enseñanzas del Señor. Su doctrina, sus órdenes y su ejemplo deben despertar en los monjes el espíritu filial, cual levadura de la Palabra de Cristo.”²²

La autoridad es servicio porque el superior o la superiora debe ser para sus hermanos o sus hermanas un servidor, un animador cuya sola preocupación sea cumplir con la misión de manera responsable en vistas de una comunidad obediente, unida y fraterna, de una comunidad carismática, en favor de cada miembro. Estando al servicio de la comunidad, el superior o la superiora juega un rol de clarificador y guía. Por lo tanto, “la autoridad espiritual no deriva su existencia del hombre amigo o enemigo, sino de Cristo y de Su palabra que dice: *“no vine para ser servido sino para servir”* (Mt. 20, 27-28). Debe renunciar a sus deseos más o menos apasionados de decidir, de forzar, de dominar, o de seducir a su prójimo. No trata de influenciar las emociones de las personas ni de exaltar su piedad. Su caridad se extiende a todos sus hermanos y sobre todo a los más débiles, en los que ve la imagen que Jesucristo ha marcado y en la que quiere seguir dejando su marca.

La autoridad en una comunidad espiritual no es en primer lugar disciplinaria, sino más bien coordinadora, acompañante. Para lograrlo, debe estar fundada en el Señor y en Su Palabra. Por ello, “la verdadera autoridad espiritual no se demuestra en el éxito o en los logros, sino que depende de la humildad, de la escucha de cada uno, de la honestidad, del amor por el Señor, por Su Palabra y por Su Iglesia.”²³

Su ministerio es el de la unidad – el superior es signo y responsable de la unidad de la comunidad. Podríamos preguntarnos: ¿es factible dicho ideal? Pero somos bien conscientes de que la autoridad en la comunidad, como en la Iglesia, es un don de Dios y el don sigue siendo un ideal con el cual hay que medirse todos los días.

3.3. La autoridad y su situación comunitaria

La Superiora ejerce su autoridad según el plan de Dios, tal como lo enseña Cristo: *“no vine para ser servido sino para servir”* (Mt. 20, 27-28). En realidad, la superiora es una persona imperfecta, que debe reconocerlo y superarse para responder a las exigencias de su responsabilidad. Debe hacer surgir en sí misma las cualidades humanas que la convertirán en una persona

aceptable, incluso en un contexto que no sea religioso. Mas allá de todas estas cualidades humanas de mujer sociable, debe ser una mujer de confianza. Tal mujer crea la apertura espontánea en los miembros de la comunidad. De esta manera, ella alienta la apertura de conciencia de las demás.

La confianza dona a la superiora la libertad interior, la facilidad y el gozo de ejercer su autoridad-servicio. Dicha confianza se merece y no se compra. Es el punto fundamental de su actuación que responde a las siguientes reglas: ejercer la autoridad recibida por Dios en un espíritu de servicio; ser dócil a la voluntad de Dios en el ejercicio de su poder; gobernar a los miembros de la comunidad como hijas de Dios; promover la obediencia voluntaria; mostrar respeto por toda persona humana; estar atenta a cada miembro de la comunidad; favorecer la colaboración y fomentar las iniciativas por el bien del Instituto y de toda la Iglesia de Dios (cfr. Canon 618).

3.3.1. *La situación comunitaria de la autoridad*

En la comunidad, la superiora no se impone a través de expresiones absolutistas. Vive como miembro de la comunidad, en sinergia con las demás, consciente de su misión de facilitar la capacidad de movimiento y el funcionamiento de las demás. Su **tarea principal** es la de ayudar a alcanzar los **objetivos religiosos personales y comunitarios**. Para hacer hincapié en dicha sinergia, la sabiduría africana tiene una máxima que dice: «*Mukalenga wa bantu, bantu ba mukalenga*» lo que significa: “*el jefe por el pueblo, el pueblo por el jefe.*” Existe, pues, una circularidad de la pertenencia. La superiora no impone al grupo su propia manera de pensar y de existir. Es más bien la animadora de la comunidad. Esto equivale a despertar la vida del grupo, a interpelarlo para que tenga una existencia propia a partir de su propia manera de ser. Es por ello que, en una comunidad religiosa, la autoridad es esencialmente “pastoral”.²⁴

Desde el punto de vista operativo, la superiora dirige la comunidad a partir de la comunidad misma; debe manifestar un gran respeto por cada miembro, ya que los objetivos de la comunidad no son ajenos a los de sus miembros y viceversa, y puesto que ella se encuentra al interior de la comunidad.

La superiora está llamada a adquirir una “actitud de servicio atento y celoso”. Esta actitud le permite transformar un grupo comunitario pasivo y sin vida en un grupo animado y activo, y reforzar las posibilidades de sus miembros y de la comunidad. De la superiora no se espera una actitud de experta que todo lo sabe y todo lo puede, sino más bien, una actitud fraterna y de acompañante.

Superiora acompañante de la comunidad

En el acompañamiento, la superiora presta atención no solamente al trabajo que sus hermanas ejercen, sino también a todo lo que se relaciona con ellas a nivel humano, afectivo, relacional, espiritual y religioso. Va más allá del cumplimiento para promover la apertura entre los miembros para que se vuelvan conscientes de e interesadas en vivir las exigencias evangélicas en la alegría del Señor. **Ser superiora** es más importante que **actuar como superiora**. El hecho de ser acompañante implica la capacidad de saber estar con el otro sin impedirle ser sí mismo; y esto se logra por su actitud de acompañamiento aún más que por sus órdenes, por su manera de hacer surgir las cosas, aún más que por organizarlas ella misma.

Superiora animadora de la comunidad

La animación es un método de gobierno de la comunidad basado en la colaboración y la participación. La animación de la superiora se logrará según su disponibilidad, amabilidad y dedicación, su generosidad en la aceptación y la comprensión de los miembros, su madurez evangélica, su capacidad de aceptar y vivir las circunstancias cómo se presentan, la aceptación de su propios límites, su sensibilidad para percibir la realidad de la comunidad y de las situaciones por las que ella atraviesa, su auténtica vida de oración en continuo crecimiento, su capacidad de hablar y de callar, su habilidad de discernir las ambigüedades, de vivir sus propios miedos, de juzgar y descubrir sus propios mecanismos de defensa, de fuga y de resistencia.

3.4. Los medios de acción del superior religioso

Para desarrollar los valores que ayudan a crecer en comunidad y que hacen crecer a la comunidad, indicamos algunos medios de acción que se supone que todo superior religioso deba tener para garantizar una obediencia voluntaria:

La información: medio eficaz para promover la toma de consciencia, la corresponsabilidad y el compromiso de los miembros de la comunidad; la **delegación de la responsabilidad** (tener la capacidad de delegar su poder), es la vía eficaz para reconocer un espacio razonable de libertad en el que organizar y organizarse. Se trata de aquellas que son directamente responsables de las tareas y las funciones; la regla precisa de vida (adaptación); la comunidad que sabe organizar un horario según las indicaciones generales de la regla y a las circunstancias específicas y concretas de la propia comunidad. Le corresponde a la superiora dar vida a esta consciencia para promover la obediencia voluntaria. En consecuencia, la religiosa adulta tendrá el conocimiento necesario del carisma y de las exigencias de la vida religiosa, de la espiritualidad y del carisma propios del Instituto; demostrará una

adhesión voluntaria en la fe a todo lo que acabamos de mencionar: la capacidad de escucha y de aceptación de la autoridad, la apertura al diálogo, la constancia y la estabilidad en el discernimiento, el desinterés y la generosidad en su actuar, la sumisión a la norma y a la autoridad.

3.5. Imagen de una comunidad adulta

Una comunidad religiosa es una comunión de personas consagradas que hacen profesión de buscar y cumplir juntas la voluntad de Dios: una comunidad de hermanos o hermanas con roles diversos, pero que comparten el mismo objetivo, el mismo ideal, la misma pasión.²⁵ Esto les imprime ciertas características que hace de ellos testigos de la comunión trinitaria. Los miembros de una comunidad adulta cultivan los valores evangélicos, combaten progresivamente los antivalores y tienen una gran capacidad de sumisión a las normas generales y propias.

Las características de una comunidad adulta son la corresponsabilidad articulada, la apreciación mutua y el reconocimiento, la aceptación y el estímulo de las potencialidades de los demás; la complementariedad. Hay que subrayar que la vida común, la unión, se perfecciona si todos los miembros se asocian en la gestión de la vida juntos. Cada uno toma su parte de responsabilidad según sus capacidades, para sostener y completar la acción y las iniciativas de la comunidad. La complementariedad permite una buena corresponsabilidad y la adhesión a la voluntad de Dios. ¿No lo dice acaso un proverbio africano al afirmar que sólo uniéndose las hormigas logran transportar un elefante? (Mossi).

4. Imagen de una comunidad no-adulta

Se trata de una comunidad cuyos miembros no toman a Cristo como el centro de sus vidas. Los miembros reivindicán en vez de promover. Es una comunidad sin apoyo, sin iniciativas constructivas; una comunidad donde se constata la falta de aceptación de la autoridad y de sumisión a las normas generales y propias.

En una comunidad no-adulta, el ejercicio mismo de la autoridad se enfrenta a dificultades que pueden reflejarse como defectos de la autoridad, cuyas señales son: el autoritarismo en todas sus formas, la desigualdad en el trato (favoritismo), la falta de respeto hacia las personas gobernadas y a su dignidad humana y cristiana, el deseo de manejar todo (la omnipresencia de la autoridad), el espíritu de vigilancia y de sospecha, el egoísmo y la inercia en lugar del afrontar los problemas reales, la falta de caridad, la dureza de corazón, etc.

Como corolario, podemos esperar también defectos en la obediencia

cuyas manifestaciones pueden ser: la revuelta o la rebelión, la recriminación contra todo, el espíritu de denigración y el murmurio, la hipocresía y la falta de sinceridad, la rutina y el disgusto por todo, el infantilismo y la depresión, etc.

5. Medios para lograr esta madurez

La comunidad adulta no se genera espontáneamente, ni es algo “listo para llevar”. Es el fruto de ciertos actos y de una cultura que se enraíza en la formación inicial y permanente y en la autogestión.

Por lo tanto, desde la formación inicial, se necesitará una formación de la voluntad y un aprendizaje de las virtudes humanas, tales como la lealtad, la rectitud, el sentido de la responsabilidad, el espíritu crítico, la libertad y el equilibrio afectivo. Dicha formación debe realizarse a través de un proceso formativo que deberá recurrir a ciertas prácticas, tales como:

- 1) Promover la educación de la voluntad: la educación de la voluntad, su refuerzo o su cultivo deben realizarse a través de la renuncia, aprendiendo a decir no o limitando su tiempo; el espíritu de generosidad, a través de la puesta a disposición de manera estable, la exactitud, la prontitud, la autodisciplina, la autoprivación, el valor para enfrentar ciertas pruebas, el trabajo personal, las iniciativas personales;
- 2) Mejorar el método de discernimiento: dicha mejora solo puede realizarse estableciendo una jerarquía de valores: los valores de Cristo (virtudes), valores personales (sus propios proyectos) e institucionales (obligaciones del estado religioso). Dicha práctica debe ser sostenida por la oración y la meditación cotidianas. Si el discernimiento es distorsionado, el diálogo se vuelve vacío.
- 3) Practicar la capacidad de escucha (para fortalecer la capacidad de escucha, hay que intentar comprender la presencia, la experiencia, el aquí y ahora del otro, estar dispuesto a ver el mundo a través de sus ojos, escucharlo con el corazón, comprender y escuchar, saber callar y dejar hablar.)
- 4) Respetar las necesidades de los demás en la totalidad de su personalidad (otra manera de cultivar la obediencia consiste en conocer y comprender al otro, tener una actitud de interés sincero y fraterno, de apoyo en el crecimiento ... otro medio para incentivar la cultura de la obediencia es el servicio gratuito y espontáneo hacia todos, la disponibilidad sin fronteras, la disponibilidad desinteresada por el voluntariado).

Conclusión

Autoridad, obediencia, sumisión. La sumisión bíblica existe y es algo precioso. Pero debe comenzar por lo que Dios desea y lo que la Palabra de Dios asume, a saber: que seamos todos, individual y colectivamente (autoridad y miembros) sujetos a Jesucristo; que seamos sujetos los unos a los otros en su Iglesia, donde vivimos, a fin de ser reconocidos como trabajadores dedicados que sirven al Cuerpo de Cristo y que permanecen fieles. San Pablo lo dice claramente: “*Sed sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo;*” (Ef. 5,21)

Pedro expresa esencialmente el mismo pensamiento cuando dice: “*De igual manera, jóvenes, sed sumisos a los ancianos; revestíos todos de humildad en vuestras mutuas relaciones, pues Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes.*” (1Pe 5,5)

El amor nos impulsa a aceptar la responsabilidad de ser “guardianes de nuestro hermano o hermana”. Pero nos prohíbe entrar demasiado o con violencia en la privacidad del otro. En efecto, somos llamados a seguir la vía discreta del Espíritu Santo en los corazones de los demás. Pero no somos jamás llamados a sustituirlo o hacer el trabajo en lugar suyo.²⁶

Ya que la sumisión mutua se funda en el amor, ella sólo encuentra su origen en la naturaleza misma de la Divinidad. Dios, por naturaleza, es comunidad. De hecho, el Dios único es una comunidad de tres Personas que, desde la eternidad y hasta eternidad, comparten su vida juntos.

Es así que la autoridad procede de una institución divina de la que la Trinidad es la expresión: una comunidad única en la complementariedad y la corresponsabilidad.

¹ cfr. La identidad de los consagrados frente a la prueba de nuestras culturas. Actas del 2do Seminario Nacional sobre la vida consagrada en R.D.Congo, Kinshasa del 25 de enero al 2 de febrero de 2009, p. 173.

² Juan Pablo II, carta apostolica *Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001), nn. 43-45; Vita Consecrata n°46,50

³ Cfr. Congregación para los Institutos de

Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *El servicio de la autoridad y la obediencia*, n. 3 § 4.

⁴ Robert Micro, *diccionario de aprendizaje de la lengua francesa*. Diccionario le Robert, p. 859.

⁵ NAKAHOSA KABEMBA, J.K., *Figura renovada del superior religioso, animador de comunidad. Análisis Jurídico-pastoral* p.8.

- ⁶ Max WEBER, *Economía y Sociedad* (1992), [http // fr.wikipedia.org / wiki / poder\(sociología\)/28/12/2012](http://fr.wikipedia.org/wiki/poder(sociología)/28/12/2012).
- ⁷ Idem.
- ⁸ J.M.DENQUIN citado por Roger MUCCHIELLI, www.wikipedia.org / la psicología de la relación/ 28/12/2012.
- ⁹ Franck A. VIOLA, *La autoridad espiritual en la Iglesia* Cap.3 « La autoridad y la sumisión».
[http //www.eglisedemaison.com/livres/viola/co](http://www.eglisedemaison.com/livres/viola/co)
- ¹⁰ Revista *La Trompeta* A 197 «La fuente de la autoridad en la Iglesia Católica.» www.bereanbean.org.
- ¹¹ Franck A. VIOLA, *La autoridad espiritual en la Iglesia*, Cap.1. «Los modelos de autoridad» [http // www.eglisedemaison.com/livres/viola/co](http://www.eglisedemaison.com/livres/viola/co)
- ¹² Françoise ROSSETTI HERBELIN, ¿Qué es la autoridad?
[www.pédagopsy.eu / autorité .htm](http://www.pédagopsy.eu/autorité.htm)
- ¹³ Canons 608 & 617; NAKAHOSA KABEMBA, J.K., idem, p.5.
- ¹⁴ Cfr. Juan Pablo II, *Exhortación Apostólica post-sinodal, Vita Consecrata*, n° 43 ; *Vida fraterna en Comunidad* n° 50 ; *Recomenzar de Cristo* n° 14.
- ¹⁵ *Vida fraterna en comunidad* nn. 47-53 ; la documentación católica g1(1994) pp.425-426 ; CIC 618 ; proposición 19.
- ¹⁶ Benito XVI, *Discurso a los Superiores Generales de los Institutos de vida consagrada y Sociedades de Vida Apostólica*. AULA Paolo VI, (del lunes 22 mayo de 2006).
- ¹⁷ Cfr Cardinal MALULA « La vocación particular de la Congregación », en Léon de Saint MOULIN, S.J., *Obras Completas del Cardinal Malula*, volumen 5, textos sobre la vida religiosa, FCK, 1997, p. 235-236
- ¹⁸ Cfr Cardinal MALULA « La vocación particular de la Congregación», en Léon de Saint MOULIN, S.J. *Obras Completas del Cardinal Malula*, volumen 5, textos respecto de la vida religiosa, FCK, 1997,p.236.
- ¹⁹ cfr. Bernard DUCRUET, *La autoridad en la comunidad*, colección de Pequeños Tratados Espirituales,VI, Vida Consagrada Ed. Brandi Borth 1997, p.11.
- ²⁰ cfr. Bernard DUCRUET, idem. P.16.
- ²¹ cfr. Bernard DUCRUET, idem. P.31.
- ²² cfr. Bernard DUCRUET, idem. P.16.
- ²³ Jacques DUBOIS, « La autoridad en la Iglesia local. Promesa », *Revista de reflexión bíblica*, resumen del n° 147, enero-marzo 2004.
- ²⁴ *Servicio de la autoridad y obediencia* n° 14.
- ²⁵ *Servicio de la autoridad y obediencia* n° 1.
- ²⁶ Frank A. VIOLA, *La autoridad espiritual en la Iglesia*, Cap.3. « La autoridad y la sumisión».
[http //www.eglisedemaison.com/livres/viola/co](http://www.eglisedemaison.com/livres/viola/co)

LA AUTORIDAD DE LOS QUE SUFREN

Hna. Martha Zechmeister, CJ

La hermana Martha Zechmeister nació en 1956 en Austria y es religiosa de la “Congregación de Jesús”, fundada por Mary Ward. Es catedrática de teología sistemática Y Directora de la Maestría en Teología Latinoamericana de la Universidad Centroamericana en San Salvador (El Salvador).

Original en Español

1. De la potestad opresora a la autoridad liberadora

Haciendo una abstracción y simplificación casi insuperable se puede afirmar de una manera general que hay dos tipos de gobierno, de ejercicio del liderazgo – independientemente de su contexto, sea este político o eclesial, familiar o público. Estos dos tipos de gobierno se pueden caracterizar con dos palabras que tienen su origen en la política romana: “potestas”, poder, por un lado, y “auctoritas”, autoridad, por otro.

El primer tipo, caracterizado como potestad, se construye sobre una desigualdad, una asimetría. Quien tiene poder, tiene una ventaja sobre los demás. La ventaja puede tener su fundamento en un mayor conocimiento, en una acumulación de recursos económicos o en el ejercicio de la violencia física, psíquica o social. El sociólogo Max Weber ha definido el poder con estas palabras clásicas: “El poder significa cualquier oportunidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa oportunidad”¹. El poderoso, el potente, es capaz de mantener bajo control su esfera de dominio. Dispone de los medios para imponerse a sus súbditos, para quebrar cualquier resistencia y, en el peor de los casos, para destruir a los que no se le someten.

El segundo tipo de liderazgo, caracterizado como autoridad, también incluye una asimetría. También una persona con autoridad tiene una ventaja

con relación a las demás. Sin embargo, el modo de relación entre una persona con autoridad y las personas que respetan esa autoridad es fundamentalmente diferente. No se define por imposición y sumisión, sino que se basa esencialmente en un reconocimiento libre y mutuo. En esta relación la “asimetría” en experiencia, conocimiento, posición social o recursos, no elimina la igualdad fundamental entre las dos partes que están en relación. Más aún, la autoridad nunca niega una fraternidad fundamental que no permite alzarse sobre otras personas. Se puede “tomar el poder”, pero nunca se puede “tomar la autoridad”. La persona que la “tiene”, se la debe a la afirmación gratuita y adulta de las personas que la reconocen. Jamás se convierte en una “posesión que no se puede perder”, pues hay que merecerla y recibirla siempre de nuevo. La autoridad se destruye a sí misma en el momento en que recae en la violencia. Imposición y autoridad son esencialmente incompatibles.

Renunciar a la imposición, para nada es sinónimo de pérdida de la autoridad o de su auto-supresión. Esta renuncia tampoco tiene que ver con la debilidad, ni con una concepción “antiautoritaria” o de “laissez faire”. La condición de la verdadera autoridad se puede aplicar más bien a personajes de gran vigor. Su fortaleza y energía interior, sin embargo, no las usan para mantener a los demás en un estado de dependencia infantil, sino para facilitar su crecimiento integral: su crecimiento humano, social, político, espiritual.

“Autoridad liberadora” no es ni mucho menos sinónimo de anarquía. Ejercer este modo de autoridad exige todas las energías vitales para crear y proteger con firmeza espacios sociales que hacen florecer la vida, que permiten el desarrollo de personas y de comunidades que se caracterizan por relaciones libres y respetuosas. Las Constituciones de la Compañía de Jesús, que son también las constituciones de mi congregación, dicen: “El Preposición General tenga total autoridad sobre la Compañía ad aedificationem (para edificar)”². Con la autoridad hay que proteger a los indefensos de los abusadores y explotadores dentro y fuera de la comunidad, sin caer por eso en la trampa del paternalismo o maternalismo. Es la tragedia de los sistemas autoritarios: las personas oprimidas tratan de sentirse poderosas oprimiendo a otras todavía más débiles. (Entre paréntesis: Eso es a mi parecer una de las trágicas raíces del escándalo de los abusos sexuales y maltratos físicos cometidos por sacerdotes, religiosos y religiosas.)

Personas con verdadera autoridad no se preocupan en absoluto por preservar el propio poder, sino que, por el contrario, están movidas por el deseo de que otras personas crezcan en autodeterminación y en libertad de acción. La verdadera autoridad crece en la medida en que hace crecer a otros y otras: Jesús libera a la mujer encorvada por el demonio que la aplasta, y la

defiende de las autoridades que quieren impedir su sanación remitiéndola a la ley ritual, y así pone en riesgo su propia vida. Usa su libertad y vigorosa autoridad para “empoderarla”, para que ella se pueda enderezar por sus propias fuerzas. Le devuelve su dignidad humana, la libera para andar erguida y libre (Cfr. Lc 13, 10-17).

Aplicación ad intra

Lo dicho hasta ahora puede darse por sobreentendido. En las últimas décadas, ciertamente, por lo que toca al ejercicio de la autoridad las congregaciones religiosas han cambiado su discurso, y no cabe duda de que hay mucha buena voluntad de ponerlo en práctica. Sin embargo todavía hay bastante inquietud sobre la realidad del día a día. ¿Se puede dar por supuesto que las superiores y formadoras buscan con autoridad que cada hermana – desde la novicia hasta la anciana – pueda desarrollarse “como Dios lo ha pensado”? ¿O no ocurre con demasiada frecuencia que los „procesos de formación” (tanto inicial como permanente) todavía se parecen más a un “lecho de Procusto”? (Procusto era un personaje malvado de la mitología griega, que ofrecía posada a viajeros solitarios. Si la víctima era alta y su cuerpo más largo que la cama, cortaba las partes de su cuerpo que sobresalían. Si por el contrario era más pequeño lo estiraba a la fuerza. Así “la cama de Procusto” es la metáfora para un estándar arbitrario para forzar una conformidad exacta.) ¿No sigue siendo todavía una preocupación dominante que las personas “encajen”, en vez de acompañarlas en la aventura fascinante de que cada una se encuentre con su misterio y que pueda desarrollarse en plenitud? ¿No domina muchas veces todavía el miedo a personajes que destacan más allá de lo común? “Se corta lo que sobresale”, reza un dicho alemán.

Una variación especialmente triste de “lecho de Procusto” fue la “formación” de religiosas africanas, indias o latinoamericanas por fundaciones europeas. En nombre de la formación religiosa se destruía sus patrones culturales y se las sometía a una europeización violenta. Así se mutilaba seriamente a personas humanas que quedaron separadas de las fuentes profundas de su vitalidad y creatividad. ¿Ha quedado superada, en lo más hondo y en verdad, la arrogancia del eurocentrismo y su manía de superioridad? ¿En verdad hemos renunciado las europeas a la “soberanía de interpretación” de lo que es y de lo que tiene que ser la vida religiosa”? ¿Podemos aceptar y respetar serenamente la des-europeización y la riqueza del pluralismo cultural: la pluralidad sobre cómo vivir en comunidad, cómo realizar la misión y cómo expresar nuestra relación con Dios?

Preguntas semejantes se imponen por lo que toca al modo de vivir las relaciones humanas en las congregaciones. En el discurso, ciertamente hemos

superado el modelo jerárquico-vertical, centrado en la superiora que controla todas las relaciones de las hermanas, dentro de la comunidad y mucho más fuera de ella. Sin embargo los patrones, sufridos e internalizados durante siglos, siguen actuando inconscientemente – y por eso de forma más sutil. ¿De verdad los procesos de formación se han liberado del modelo de la dependencia y de control – o siguen todavía, escondidamente, con su obra destructora? ¿De verdad promueven y facilitan el desarrollo de relaciones adultas y reconocen el valor imprescindible de la amistad – entre las hermanas y con las personas a quienes queremos servir? Un abismo separa la sintonía y la vivacidad entre personas adultas y maduras en su identidad, de la uniformidad. Por último una comunidad configurada por el control y la uniformidad no sirve para su misión evangélica. El único modelo de comunidad que nos compromete, es el movimiento de Jesús: sencillo, fraterno – y con gran calor humano para acoger y compartir la vida con todos los excluidos del banquete de los ricos y poderosos.

Aplicación ad extra

Estas dos concepciones de liderazgo también se pueden ilustrar desde la “meditación de las dos banderas” en los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola. Él nos invita a un ejercicio de imaginación: plantearnos dos líderes opuestos, Cristo y Lucifer. Hace un perfil de dos modos de señorío, abismalmente diferentes, con metáforas fuertes y primitivas: Lucifer, el “enemigo mortal de la naturaleza humana”, se encuentra asentado en Babilonia “en una grande cátedra de fuego y humo, en figura horrible y espantosa”. Es una impactante manifestación de poder que fascina, y a la vez provoca como primera reacción casi inevitablemente, sumisión y servilismo. Es un poder basado en el temor. Lucifer enseña a sus demonios una táctica sutil de seducción. Les manda que primero despierten en sus seguidores la codicia de riquezas y en consecuencia los empujen hacia el ansia del honor y la soberbia. Su truco genial es que seduce con la ficción de que los que se someten a su dominio van a subir en dominio y prestigio. Pero la verdad es que toda la dinámica desemboca en un sistema de dependencia, que acaba con toda autodeterminación y somete de manera brutal. Al final, los victimarios y las víctimas se encuentran atrapados en las mismas “redes y cadenas”.

Es obvia la aplicación de estas metáforas primitivas a los poderes que hoy dominan en gran parte del mundo. La industria de armamento, las bolsas y agencias de *rating* con sus liturgias y símbolos bombásticos de poderío, condenan a innumerables seres humanos a la miseria. Al igual que los demonios los sujetos que actúan, los usureros y lobbyistas, no tienen rostro, así quedan ocultos detrás de la fachada engañosa, detrás del “fuego y humo”.

La otra bandera, el otro líder que Ignacio nos presenta, es “Cristo

nuestro Señor”, asentado en Jerusalén, un “lugar humilde, hermoso y gracioso”. Nada de demostración de poder, sino invitación a la pobreza y a la humildad. Ignacio nos confronta con la paradoja de que Cristo “conquista” (entre comillas) todo el mundo con la renuncia radical a toda violencia e imposición – e invita a sus seguidores a seguirlo en el mismo camino. El motor del mundo, en los tiempos de Ignacio de Loyola, así como hoy día, es la codicia para acumular riquezas, capitales. Y el prestigio que gana una persona, una comunidad, un grupo social, se mide por la cantidad de lo acumulado. Quien no se somete a esta lógica hace el ridículo y sufre impotencia. Que Cristo invite a la pobreza y a la humildad, quiere decir que invita a “revertir el rumbo” de la lógica del mundo de una manera radical. Ignacio Ellacuría dice en un discurso en Barcelona el 6 de noviembre 1989, 10 días antes de su asesinato: “Sólo utópica y esperanzadamente puede uno creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección.” La humildad no es un deseo perverso y autodestructivo, sino el valor y la libertad de vivir radicalmente de modo “contra-cultural” - y la disposición a asumir las consecuencias con sencillez. Desenmascarar las redes de dependencia, descubrir los juegos de imposición, del afán de lucro y del servilismo, molesta a los intereses de los “potentes” y por eso arrastra a la persecución y la cruz. Sin embargo, solo con los que arriesgan el camino de Jesús puede irrumpir el reino de Dios en este mundo real, y solo así pueden humanizarse las relaciones entre los seres humanos.

Es obvio que el moho de la “lógica del mundo” se mete también en todos los estratos de la Iglesia, así como en las comunidades de religiosos y religiosas. También en nuestras comunidades vivimos en una lucha permanente entre “los dos reinos”, entre “las dos banderas”. Por eso para ejercer “autoridad” dentro y fuera de la Iglesia, hacen falta personas que hayan integrado todas sus energías vitales y agresivas y sean capaces de usarlas libremente para la batalla inevitable. La motivación que las empuja ciertamente no es la ambición de poder, sino su pasión por la vida – la pasión por las víctimas del poder, que es la pasión del mismo Dios. Hacen falta ojos limpios y un corazón puro y honrado para descubrir y denunciar con valor las estructuras, y las personas que se esconden detrás de ellas, que someten y explotan a otras personas económica, emocional y socialmente.

Jesús es la “autoridad liberadora” encarnada y su modo de “gobernar” es el arquetipo y “el canon”, la medida normativa, de toda autoridad legítima en la Iglesia. Sin embargo, ya en los primeros siglos del cristianismo el modelo judío patriarcal comenzó a desplazar el estilo jesuánico. ¡Qué diferencia entre la autoridad de Jesús y el buen patriarca de las cartas pastorales! De un lado Jesús, que empodera a los pequeños y marginados y que mantiene relaciones fraternales e igualitarias con las mujeres. Por eso desafía a los

sacerdotes y los ancianos del pueblo y se enfrenta con libertad total con Pilato, el representante del Imperio que tiene el poder para torturarlo y matarlo. Y del otro lado, como modelo ya de la autoridad eclesial incipiente, el buen padre de familia “que gobierna bien su propia casa y mantiene sumisos a sus hijos con toda dignidad” (1 Tim 3,4). Perdonen mi pregunta que puede parecer ingenua o maliciosa, pero que es totalmente sincera: ¿Cómo fue posible que la Iglesia se haya distanciado tan rápidamente de las palabras de Jesús: “Todos ustedes son hermanos. En la tierra a nadie llamen padre, pues uno solo es su Padre, el del cielo” (Mt 23, 8f)?

Sabemos muy bien que las cosas se complicaron mucho más cuando la Iglesia en el siglo IV dejó de ser una minoría perseguida y se convirtió en una Iglesia del Imperio - participando en su poder y apoyándolo. La autoridad evangélica se convirtió en “potestas sacra”, en “poder sagrado”. La comunidad de los cristianos dejaba de ser una Iglesia martirial en seguimiento de Jesús, el protomártir, dando su vida por la defensa de las víctimas. Cada vez más la misma Iglesia se convirtió en parte de un mundo que produce víctimas, o al menos las tolera, como “daño colateral”. La simbiosis entre poder político y poder eclesial arrastraba el serio peligro de que la Iglesia traicionara su propia esencia, su misión, que llegara a perder su autoridad, que tiene su único fundamento en Jesús y en el evangelio, y se transformara en una institución poderosa que ante todo defiende sus propios intereses. Sin embargo, desde su origen como comunidad de Jesús la Iglesia tiene un único derecho de existir: hacer presente – con autoridad jesuánica - el evangelio como realidad salvadora y liberadora en las realidades que afligen y esclavizan en concreto a los seres humanos en este mundo.

2. La silla vacía

Para la tradición católica el concepto de “representación” es esencial a su manera de entender la autoridad en la Iglesia. Un eco de ello se encuentra en las reglas y constituciones de las órdenes y congregaciones. Las constituciones de la Compañía de Jesús hablan con mucha naturalidad del Papa como “Vicario de Cristo nuestro Señor” y del superior como el “que está en lugar de Cristo nuestro Señor”. ¿De verdad puede alguien “sustituir”, “representar”, “estar en lugar” de Cristo, del “mesías”? ¿Y puede ocurrir eso como “opus operatum”, no por la autoridad o el carisma que corresponde a una persona sino por un cargo asignado? ¿Se puede de verdad “institucionalizar” la autoridad liberadora de Jesús? ¿Se puede “representar” la autoridad de Dios en este mundo contingente y relativo?

Se podrá dar por sobreentendido que, ciertamente, eso no puede ser pensado al modo de los faraones, de los emperadores y césares, como

apoteosis que coloca a una figura histórica entre los dioses, ni tampoco al modo de los líderes y caudillos que “por gracia de Dios” subyugan a los pueblos. En el transcurso de la modernidad, la Iglesia y la teología han aprendido en un doloroso proceso que no se puede aplicar este modelo al gobierno eclesial y que no está permitido fusionar la autoridad espiritual con el poder político. Y aunque muy tarde, el Vaticano II nos enseñó que tampoco se puede entender la “representación” como concepto antidemocrático, que niega la dignidad del pueblo y perpetúa la construcción del poder desde arriba.

¿Pero en qué consiste en definitiva el sentido auténtico de “representación”, de “vicario de Cristo en la tierra”, de “en lugar de Cristo”? En verdad el poder eclesial y espiritual en lo más profundo es una paradoja, que solamente existe en su continua superación. Traiciona su propia esencia y vocación en el mismo momento en que “toma” el poder, en que se instala en el poder como los potentados de este mundo. Por el contrario tanto más es representación de la autoridad de Dios, de la autoridad de Cristo, cuanto más es solo un indicador, una mano que apunta hacia fuera de sí misma hacia al Otro más grande. “Ni se llamen jefes, porque solo tienen un jefe que es el Mesías” (Mt 23,10). El dedo indicador extremadamente largo de Juan Bautista que apunta al Cristo Crucificado en el altar de Mathias Grünwald puede ser el símbolo de tal representación: “Yo no lo soy. ... Yo no soy el Cristo.” Jn 1,20-21.

Toda “representación” de la autoridad de Dios queda sometida a la “prohibición de imágenes”: “No te harás una imagen, figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra o en el agua bajo tierra. No te inclinarás ante ninguna imagen, ni las honrarás; porque yo soy Yahveh tu Dios, fuerte y celoso...” (Ex 20,4-5). La tarea más noble de la autoridad espiritual es mantener libre, con vigor, el espacio que únicamente corresponde a Dios.

En la tradición judía se encuentra la metáfora de la silla vacía. En el Séder, en la comida de la noche del Pésaj, se deja en la mesa una silla más para el Profeta Elías, para expresar la esperanza de que vuelva con el Mesías. Agnes Heller, una filósofa de origen húngaro-judío, que escapó de la maquinaria mortal de los nazis, interpreta esa metáfora de una manera genial: “La silla vacía espera al mesías. Si alguien la ocupa, podemos estar seguros de que se trata de un mesías pervertido o falso. Si alguien se lleva la silla, todo se acaba y el espíritu abandona la comunidad. La política no puede usar esa silla desocupada; pero en tanto se la deja estar donde estaba, justamente en el centro de la estancia, donde sigue inmóvil con su vacío amonestador y puede que incluso patético, los actores políticos tendrán que

seguir contando con su existencia. Como mínimo, son libres de contar con su existencia. Todo el resto es pragmatismo”³.

Si eso es válido como exigencia a cualquier ejercicio del poder político mucho más válido es para cualquier ejercicio de autoridad espiritual. No permite ninguna “entronización”, quien se sienta en la silla, la profana; la autoridad en la Iglesia solamente es legítima en la medida en que mantiene vacío el espacio que no le corresponde.

3. “La terrible banalidad del mal” - en nombre de la obediencia

Hablar de la obediencia en un mundo que pasó por la crítica de la Ilustración resulta un asunto sumamente difícil: “La Ilustración es la salida del hombre de su auto-culpable minoría de edad” resuena el lema de Immanuel Kant. En un mundo post-ilustrado renunciar a la autodeterminación no es ya considerado como una virtud, sino más bien como una cobardía que no se atreve a asumir la responsabilidad por el propio actuar, en último término como una conducta inmoral. Dejarse llevar por los criterios y la voluntad de otros sin examinarlos parece alienante y deshumanizante. Además resulta no solamente difícil sino casi imposible hablar de la obediencia – aun de la obediencia religiosa – después de los grandes sistemas fascistas y totalitaristas del siglo XX.

En 1961 la filósofa judío-alemana Hannah Arendt asistió como reportera en Jerusalén al proceso de Adolf Eichmann, el organizador del transporte de millones de judíos a los campos de exterminio. Su descubrimiento más horroroso fue “la terrible banalidad del mal”. Este hombre, que llevó a miles de seres humanos a una muerte espantosa, carecía de cualquier motivación, ni había algo de grandiosidad en su perversión. Eichmann fue simplemente un burócrata, cometió sus crímenes de “asesinato administrativo en masa” con la conciencia tranquila de que realizaba actos exigidos por su deber, de que actuaba por obediencia a “órdenes superiores”. La sumisión a la autoridad se reveló como instrumento de la barbarie⁴.

En el relato de Arendt es penoso leer cómo Eichmann en su propio defensa exaltaba la “obediencia ciega” y la “obediencia de los cadáveres” – eco pervertido de las Constituciones de la Compañía de Jesús.⁵ Los verdugos nazis así como la mayoría de los verdugos de todas las dictaduras militares y regímenes totalitarios de siglo XX se disculparon porque actuaron por “obediencia debida”. Desde entonces, la palabra “obediencia” parece definitivamente manchada y desgastada.

Teniendo en cuenta todo esto ¿se puede todavía rescatar la obediencia como concepto de la vida religiosa – de la vida religiosa renovada según el

Concilio Vaticano II? Obviamente hay que recordar que Ignacio de Loyola – en sintonía con toda la tradición de la vida religiosa – pone la obediencia bajo una condición esencial: se trata de oír la voz del superior, “como si de Cristo nuestro Señor procediese”, “en donde no exista con evidencia pecado alguno” y “en todo aquello a lo que puede extenderse la obediencia”⁶. Ignacio de modo alguno suspende la responsabilidad individual, no niega la dignidad de la conciencia de cada persona ni acepta la entrega al albedrío de un superior. Sin embargo no basta afirmar esto si nos ponemos honradamente ante una justa crítica.

El voto de obediencia, la obediencia religiosa, en definitiva solo puede dirigirse hacia la autoridad de Dios. En lenguaje tradicional, cumplir la voluntad de Dios es la única motivación legítima de la obediencia religiosa. Precisamente por eso, los verdaderamente obedientes son los verdaderamente libres – y son peligrosos para los poderosos. Se saben comprometidos incondicionalmente a la autoridad última – y por eso están libres de todo servilismo. Aun arriesgando su propia vida tienen valor de enfrentar cualquier instancia penúltima, están libres para mirar en profundidad y caminar erguidos en las huellas de Jesús.

La pregunta decisiva es entonces: ¿Cómo encontramos la voluntad de Dios en el día a día de nuestra vida concreta sin engañarnos y sin caer en infantilismo? ¿Dónde nos habla Dios de manera “infalible”? ¿Nos queda solo, en definitiva, proteger “la silla vacía” que nos remite al misterio trascendente – y así al mismo tiempo proteger la conciencia individual? ¿O aparece de pronto una verdadera mediación, una “presencia real”, un “sacramento” de la autoridad última, “materializado” de manera real y concreta en este mundo que con pleno derecho puede exigir – y merece – nuestra obediencia incondicional?

4. La autoridad de los que sufren

“Yo solo conozco una autoridad que no puede ser revocada ni por la ilustración ni por emancipación alguna: la autoridad de los que sufren.”⁷ Así dice el teólogo alemán, Johann Baptist Metz, en una conversación con el sobreviviente de la Shoah y premio nobel de la Paz, Elie Wiesel.

La autoridad de Dios ciertamente no se hace presente como apoteosis en las manifestaciones del poder – ni del poder político ni del poder sacral - sino “sub specie contrarii”, en eso que parece ser su contrario. Toda la autoridad plena de Dios está realmente presente, tiene cuerpo y visibilidad, en los más vulnerables, en los sin poder, en las víctimas. Jesús mismo en su famosa parábola sobre el juicio final (Mateo 25) coloca la totalidad de la historia de la humanidad bajo la “autoridad de los que sufren”. Su autoridad

es la única en que se puede manifestar la autoridad de un Dios Juez para todos los seres humanos – en todo el mundo de todos los tiempos. Lo que nosotros llamamos la voz de la conciencia, es nuestra reacción al ser visitados por ese sufrimiento ajeno⁸.

El sistema político dominante, la democracia liberal, es un concepto enfáticamente concentrado en la “igualdad” de todos los seres humanos. En consecuencia con buena o mala intención muchas veces finge un mundo fantasma, la ilusión de un mundo igualitario sin sufrimiento en que todos tengan las mismas oportunidades. Pero esa ficción no tiene nada que ver con nuestro mundo real. Exactamente porque nuestro mundo es un escándalo de desigualdad y de injusticia, la “parcialidad” de Dios a favor de las víctimas, de los marginados y excluidos necesita una “representación” en la historia concreta. “La Iglesia no existe para representar el poder político sino para traer a la memoria la impotencia política”⁹. Eso es, en definitiva, la legitimación más honda de toda autoridad en la Iglesia.

Los que mueren de hambre o por causa de la violencia como consecuencia de una desigualdad escandalosa, los migrantes, combatidos por Europa y los Estados Unidos en sus fronteras del sur, los presos políticos, por fin todas las víctimas, todos ellos representan la autoridad máxima a la cual tenemos que responder sin rechistar. Ninguna instancia, tampoco la más alta instancia jerárquica de la Iglesia, está por encima de esta autoridad. Una obediencia y un amor adulto a la Iglesia saben que esta es la vocación más noble de la vida religiosa, el servicio que debemos de verdad a la Iglesia: someternos a la autoridad de las víctimas y reclamar proféticamente que toda la Iglesia tiene que configurarse y definirse desde esta autoridad. Si no hace esto, está deformando el rostro de Jesucristo.

¿Cómo vivir el voto de obediencia – de cara a la “autoridad de los que sufren”?

En el fondo la “obediencia ciega” – en el sentido corrompido – es una actitud cómoda e indigna de una conducta adulta: acogerse al mandamiento de otro, llevar a cabo una orden y así escapar de la propia responsabilidad y de las consecuencias del propio actuar. También desde la “autoridad de los que sufren” surge una “orden” que nos compromete de manera incondicional y radical, pero de ninguna manera suspende la responsabilidad individual. Obedecer el mandato de las víctimas no infantiliza, sino al contrario exige un acto libre y adulto desde lo más hondo de cada persona. Es este acto el que nos hace personas humanas de verdad.

Vivir nuestro voto de obediencia bajo la autoridad de los que sufren es un proceso complejo con múltiples dimensiones: personales y comunitarias, místicas y políticas. Sin embargo todo comienza con algo sencillo y elemental:

despertar de nuestro narcisismo y nuestro mundo autorreferencial – y abrir los ojos y el corazón al sufrimiento del otro ser humano. Lo decisivo es resistir a la tentación de mirar hacia otro lado o refugiarse en la apatía. En la parábola del “buen samaritano” Jesús cuenta cómo un hombre ha caído en manos de los ladrones que le robaron y golpearon. Un sacerdote y un levita ven al herido, pero tienen “intereses más importantes” que atender. No obstante quien busca a “Dios” en el sentido de Jesús no conoce “intereses más importantes”. Dios lo espera en el hermano o en la hermana maltrecha, y no va a encontrarlo en otro lado. El cristianismo no conoce otra mística que la mística de los “ojos abiertos”.

¿Cómo responder entonces a esto que ven los ojos y siente el corazón frente a un ser humano que sufre?: con lo más sencillo y natural – atender las heridas, facilitar comida, hospedaje y ayuda económica. Hacer todo eso, de ninguna manera es un acto de generosidad, sino que así obedecemos de modo elemental a la autoridad de los que sufren. No hace falta un largo proceso de discernimiento para decidir qué hay que hacer. Más bien eso se impone con evidencia inequívoca a cada persona íntegra. Esa experiencia corresponde a eso que Ignacio de Loyola llama “el primer tiempo para hacer una buena y sana elección”: la voluntad de Dios se revela de manera inmediata y abrumadora. “Sin dudar ni poder dudar” hay que hacer lo que se impone¹⁰ – de lo contrario sería desobediencia manifiesta. Con las palabras de un filósofo moderno: “Mira con atención y sabrás”¹¹.

Ya es mucho si obedecemos cabalmente en tales situaciones que nos exigen de modo manifiesto y claro. Pero sabemos muy bien que bastantes veces la vida es mucho más confusa y ambigua. Primero, porque no siempre es así de obvio cuáles son en verdad las medidas que favorecen la vida de la otra persona y segundo, porque la mayoría de las veces los malhechores no son algunos ladrones sueltos, sino que ganan su verdadera fuerza como parte de las “redes del mal”: sean estas redes el crimen organizado, los narcos, los traficantes de personas y órganos – o la política neoliberal y la codicia por petróleo y “tierras raras”.

Además surge la pregunta difícil y perturbadora: ¿Cómo se puede trasladar el mensaje de la parábola del buen samaritano al contexto de un mundo globalizado? Hoy no es *uno* el que ha caído en manos de los bandidos, sino que es una parte decisiva de la humanidad la que está a merced de ellos. Aquí sí se exige un discernimiento serio y profundo para saber cómo defender las vidas de las víctimas frente a esta amenaza masiva. Obedecer a la “autoridad de los que sufren” exige en esta dimensión todo nuestro conocimiento y toda nuestra ciencia; exige toda nuestra creatividad y fantasía para crear con eficiencia espacios que hagan florecer la vida en este mundo

real – desfigurado por el pecado y por las estructuras del pecado.

Todavía tiene valor lo que Dietrich Bonhoeffer, el gran mártir de la Iglesia luterana alemana, dijo en su contexto histórico: ya no es suficiente “atender a las víctimas bajo la rueda”, sino que se nos exige “bloquear los radios para parar la rueda”¹². En esta dimensión la misericordia y el amor apasionado tienen que realizarse en estrategias bien pensadas. Con la astucia del evangelio, como congregaciones religiosas, podemos aprovechar nuestra ventaja como uno de los primeros “global players” en la historia humana y usar nuestras redes internacionales – en la propia congregación, en interconexión con otras congregaciones y relacionándonos con todos y todas los que luchan por la humanización del planeta.

El discernimiento como respuesta a la “autoridad de los que sufren” – y así realizar nuestro voto de obediencia – es una tarea permanente y exigente. Es tarea que exige la entrega de cada persona en su ser más íntimo – y es tarea que exige el compromiso comunitario constante y tenaz. En lo fundamental es un ejercicio de “contemplación”; un ejercicio de mirar y escuchar con atención y honradez, para que “la autoridad de las víctimas”, el “sacramento de la voluntad de Dios”, nos hable. Hace falta un corazón que escuche con paciencia para entender lo que las víctimas demandan concretamente de nosotras en la situación.

Si tomamos en serio este concepto de obediencia bajo la autoridad de los que sufren, entonces ¿qué puede significar todavía el rol de una superiora en una comunidad religiosa? ¿Está de sobra en definitiva? Ciertamente no, pero en un esfuerzo riguroso hay que repensar su función desde las raíces de la vida religiosa. No hay ninguna duda de que también las superiores están bajo de la “autoridad de los que sufren” y comprometidas a ella. Sin embargo, exactamente por eso la autoridad de las superiores es más necesaria que nunca. Su tarea más noble es vigilar con diligencia que toda la comunidad se ponga bajo la única representación legítima de la autoridad de Dios en un proceso continuo. Su rol es animar y reclamar con vigor el discernimiento – pero más que todo empujar a que toda la comunidad se ponga en marcha, “presto y diligente”¹³: que busque la cercanía física con los pobres y excluidos, comparta con ellos y ellas la vida y sus aflicciones, aprenda su lenguaje, y busque y goce su amistad. En consonancia con esto, debemos reconocer que da una enorme esperanza y nos abre una brecha que nos permite seguir, que el papa Francisco defina su ministerio exactamente de esta manera cuando nos dice: “La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria.”

Si nos ponemos con decisión bajo la “autoridad de los que sufren”, iremos hacia una renovación profundamente jesuánica de la vida religiosa - hacia una vida auténtica y fecunda según los consejos evangélicos. De este modo nuestros hermanos y hermanas más vulnerables se convertirán en nuestros verdaderos maestros y guías hacia el misterio de Dios.

-
- ¹ Max Weber, *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México 1944, p. 43.
- ² *Constituciones de la Compañía de Jesús*, N° 736.
- ³ Según Johann Baptist Metz, *Dios y tiempo. Nueva teología política*, Madrid 2002, p. 220s.
- ⁴ Cfr. Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona 1999.
- ⁵ „negando con obediencia ciega todo nuestro parecer y juicio contrario en todo lo que el Superior ordena. ...Cada uno de los que viven bajo obediencia se debe dejar llevar y regir de la divina Providencia por medio del Superior, como si fuese un cuerpo muerto.” *Constituciones de la Compañía de Jesús*, N° 547.
- ⁶ *Constituciones de la Compañía de Jesús*, N° 547 y 549.
- ⁷ Johann Baptist Metz / Elie Wiesel, *A pesar de todo*, Madrid 1996, p. 42.
- ⁸ Cfr. Johann Baptist Metz, *Dios y tiempo. Nueva teología política*, Madrid 2002, pp. 228s.
- ⁹ Johann Baptist Metz, *Dios y tiempo. Nueva teología política*, Madrid 2002, p. 219.
- ¹⁰ Cfr. *Ejercicios Espirituales*, N° 175.
- ¹¹ Hans Jonas según Johann Baptist Metz, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Santander 2007, p. 167.
- ¹² Cfr. D. Bonhoeffer, *DBW 14*, p. 421.
- ¹³ *Ejercicios Espirituales*, N° 91.

ORIENTACIONES PARA LA MISIÓN DE LA UISG 2013-2016

“ASÍ ES COMO DEBE SER ENTRE USTEDES”

Como religiosas llamadas al servicio de la autoridad queremos:

- * Vivir como Jesús de Nazaret, el Siervo sufriente (Is 42), que **lavó los pies** de sus discípulos, enseñándonos así el verdadero significado del servicio de la autoridad como un **servicio a los/as otros/as**, y que nos dio ejemplo de **un amor que se da** hasta las últimas consecuencias.
- * Estar al servicio de la vida, lo que exige **escuchar con el corazón la realidad** en nosotras mismas, en la Congregación, en el mundo y en toda la creación. Y vivir esto en comunión con la Iglesia, atentas a la historia y en espíritu de **discernimiento** constante.
- * Penetrar las **Escrituras** para entender el verdadero servicio de la autoridad, promoviendo una vida de oración y contemplación profunda, para servir a los/as otros/as con las actitudes evangélicas de compasión, ternura, humildad, generosidad incondicional, paciencia esperanzada y entrega total.
- * Confesar que Dios es la única y definitiva autoridad, y por ello mantener la **“silla vacía”**¹ en nuestras vidas, como signo del espacio que pertenece sólo a Él. Reconocer y aceptar la fuerza de nuestra debilidad personal, de nuestra fragilidad y vulnerabilidad, así como la necesidad de propiciar **“comunidades adultas”**².
- * Establecer relaciones interpersonales de calidad que conducen a la **comunión**, fundada en el amor de la Trinidad, a través del respeto mutuo, la participación y el diálogo. Y **compartir el servicio de la autoridad**³ con otras/os por medio de la consulta, colaboración y solidaridad, lo que favorece el fortalecimiento de la **“seguridad interior”**.
- * Ser **“buscadoras del bien”** en personas y acontecimientos, de modo que podamos descubrir siempre signos de esperanza, por muy pequeños que sean, con el fin de impulsarlos, nutrirlos y celebrarlos.
- * Ejercer este servicio como un camino libre de abuso de poder, pero abierto al poder que enciende y hace arder energía al servicio del Evangelio: **“el poder del estímulo, de la influencia, de la hospitalidad, y de la resiliencia”**⁴.

- * Proceder como **“compañeras en el Espíritu”** [*“graced companions”*]⁵, líderes transformadoras que comparten visión, prenden fuego nuevo, abren horizontes, ofrecen desafíos y están dispuestas a arriesgarse valerosamente como las fundadoras/fundadores de nuestras Congregaciones, **actualizando así el Carisma en este tiempo de nuevos comienzos**⁶.
- * Optar con pasión por la **“autoridad de los/as que sufren”**⁷, con una **“mística de ojos abiertos”**⁸, escuchando su dolor, acompañándolos/as en sus sueños y creando con ellos/as espacios en los que la vida pueda florecer con alegría para todos y todas.
- * **Vivir nuestra generatividad** de manera que posibilite vida y dirección nuevas, desarrolle las cualidades personales para la misión, **responda al desafío de la interculturalidad**⁹ y prepare futuras líderes.
- * Crear espacios para la **solidaridad global** y el trabajo en red con mujeres y hombres, religiosos/as y laicos/as, promoviendo la participación equitativa, para unir voces a favor de la justicia y de los/as que sufren.
- * Seguir el ejemplo de **María**, la mujer valiente en la fe, que **supo dar vida, nutrir**la en todas las situaciones **y, dejarla ir**¹⁰ en el momento preciso, aceptando así que el sueño de Dios se realizara en nuestro tiempo.

¹ Marta Zechmeister, CJ. “La Autoridad de los que Sufren”. Pg. 4

² Charlotte Sumbamanu, STNJ de Kinshasa. “L’Exercice de l’Autorité dans une Communauté Adulte”. Pg. 4

³ Mary John Mananzan, OSB. “Post Vatican II Perspectives on Religious Leadership”. Pg. 4

⁴ Mary Pat Garvin, RSM. “Graced Companionship: A Metaphor for Religious Leadership Today”. Pg. 7

⁵ Cf. Garvin, RSM. Pg. 1

⁶ Marian Ambrosio, IDP. “La Vida Religiosa en Brasil”

⁷ Marta Zechmeister, CJ. “La Autoridad de los que Sufren”. Pg. 6

⁸ Cf. Zechmeister. Pg. 6

⁹ Pat Murray, IBVM. “Intercultural Leadership”

¹⁰ Prof. Dr. Bruna Costacurta. “La Autoridad en la Biblia”. Pg. 4

DISCURSO SANTO PADRE FRANCISCO

Aula Pablo VI - Miércoles 8 de mayo de 2013

Original en Italiano

Señor Cardenal,

venerado y querido hermano en el episcopado,

queridas hermanas:

Estoy contento de encontraros hoy y deseo saludar a cada una de vosotras, agradeciándoos por lo que hacéis a fin de que la vida consagrada sea siempre una luz en el camino de la Iglesia. Queridas hermanas, ante todo agradezco al querido hermano cardenal João Braz de Aviz, por las palabras que me ha dirigido. Me complace también la presencia del secretario de la Congregación. El tema de vuestra Asamblea me parece especialmente importante para la tarea que se os ha confiado: «El servicio de la autoridad según el Evangelio». A la luz de esta expresión quisiera proponeros tres sencillos pensamientos, que dejo para vuestra profundización personal y comunitaria.

Jesús, en la última Cena, se dirige a los Apóstoles con estas palabras: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido» (*Jn 15, 16*), que recuerdan a todos, no sólo a nosotros sacerdotes, que la vocación es siempre una iniciativa de Dios. Es Cristo que os ha llamado a seguirlo en la vida consagrada y esto significa realizar continuamente un «éxodo» de vosotras mismas para *centrar vuestra existencia en Cristo y en su Evangelio*, en la voluntad de Dios, despojándoos de vuestros proyectos, para poder decir con san Pablo: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (*Ga 2, 20*). Este «éxodo» de sí mismo es ponerse en un camino de adoración y de servicio. Un éxodo que nos conduce a un camino de adoración al Señor y de servicio a Él en los hermanos y hermanas. Adorar y servir: dos actitudes que no se pueden separar, sino que deben ir siempre juntas. Adorar al Señor y servir a los demás, sin guardar nada para sí: esto es el «despojarse» de quien ejerce la autoridad. Vivid y recordad siempre la centralidad de Cristo, la identidad evangélica de la vida consagrada. Ayudad a vuestras comunidades a vivir el «éxodo» de sí en un camino de adoración y de servicio, ante todo a través de los tres pilares de vuestra existencia.

La obediencia como escucha de la voluntad de Dios, en la moción interior del Espíritu Santo autenticada por la Iglesia, aceptando que la obediencia pase

incluso a través de las mediaciones humanas. Recordad que la relación autoridad-obediencia se ubica en el contexto más amplio del misterio de la Iglesia y constituye en ella una actuación especial de su función mediadora (cf. Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, *El servicio de la autoridad y la obediencia*, 12).

La pobreza como superación de todo egoísmo en la lógica del Evangelio que enseña a confiar en la Providencia de Dios. Pobreza como indicación a toda la Iglesia que no somos nosotros quienes construimos el reino de Dios, no son los medios humanos los que lo hacen crecer, sino que es ante todo la potencia, la gracia del Señor, que obra a través de nuestra debilidad. «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad», afirma el apóstol de los gentiles (2 Co 12, 9). Pobreza que enseña la solidaridad, el compartir y la caridad, y que se expresa también en una sobriedad y alegría de lo esencial, para alertar sobre los ídolos materiales que ofuscan el sentido auténtico de la vida. Pobreza que se aprende con los humildes, los pobres, los enfermos y todos aquellos que están en las periferias existenciales de la vida. La pobreza teórica no nos sirve. La pobreza se aprende tocando la carne de Cristo pobre, en los humildes, en los pobres, en los enfermos, en los niños.

Luego, la castidad como carisma precioso, que ensancha la libertad de entrega a Dios y a los demás, con la ternura, la misericordia, la cercanía de Cristo. La castidad por el reino de los cielos muestra cómo la afectividad tiene su lugar en la libertad madura y se convierte en un signo del mundo futuro, para hacer resplandecer siempre el primado de Dios. Pero, por favor, una castidad «fecunda», una castidad que genera hijos espirituales en la Iglesia. La consagrada es madre, debe ser madre y no «solterona». Disculpadme si hablo así, pero es importante esta maternidad de la vida consagrada, esta fecundidad. Que esta alegría de la fecundidad espiritual anime vuestra existencia; sed madres, a imagen de María Madre y de la Iglesia Madre. No se puede comprender a María sin su maternidad, no se puede comprender a la Iglesia sin su maternidad, y vosotras sois iconos de María y de la Iglesia.

Un segundo elemento que quisiera poner de relieve en el ejercicio de la autoridad es *el servicio*: no debemos olvidar nunca que el verdadero poder, en cualquier nivel, es el servicio, que tiene su vértice luminoso en la Cruz. Benedicto XVI, con gran sabiduría, ha recordado en más de una ocasión a la Iglesia que si para el hombre, a menudo, la autoridad es sinónimo de posesión, de dominio, de éxito, para Dios la autoridad es siempre sinónimo de servicio, de humildad, de amor; quiere decir entrar en la lógica de Jesús que se abaja a lavar los pies a los Apóstoles (cf. *Ángelus*, 29 de enero de 2012), y que dice a sus discípulos: «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan... No será así entre vosotros — precisamente el lema de vuestra Asamblea, «entre vosotros no será así»—, el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser

primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo» (Mt 20, 25-27). Pensemos en el daño que causan al pueblo de Dios los hombres y las mujeres de Iglesia con afán de hacer carrera, trepadores, que «usan» al pueblo, a la Iglesia, a los hermanos y hermanas —aquellos a quienes deberían servir—, como trampolín para los propios intereses y ambiciones personales. Éstos hacen un daño grande a la Iglesia.

Sabed ejercer siempre la autoridad acompañando, comprendiendo, ayudando, amando, abrazando a todos y a todas, especialmente a las personas que se sienten solas, excluidas, áridas, las periferias existenciales del corazón humano. Mantengamos la mirada dirigida a la Cruz: allí se coloca toda autoridad en la Iglesia, donde Aquel que es el Señor se hace siervo hasta la entrega total de sí.

Por último, la *eclesialidad* como una de las dimensiones constitutivas de la vida consagrada, dimensión que se debe considerar y profundizar constantemente en la vida. Vuestra vocación es un carisma fundamental para el camino de la Iglesia, y no es posible que una consagrada y un consagrado no «sientan» con la Iglesia. Un «sentir» con la Iglesia, que nos ha generado en el Bautismo; un «sentir» con la Iglesia que encuentra su expresión filial en la fidelidad al Magisterio, en la comunión con los Pastores y con el Sucesor de Pedro, Obispo de Roma, signo visible de la unidad. El anuncio y el testimonio del Evangelio, para todo cristiano, nunca es un acto aislado. Esto es importante, el anuncio y el testimonio del Evangelio para todo cristiano nunca es un acto aislado o de grupo, y ningún evangelizador obra, como recordaba muy bien Pablo VI, «por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre» (Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 80). Y proseguía Pablo VI: es una dicotomía absurda pensar en vivir con Jesús sin la Iglesia, en seguir a Jesús sin la Iglesia, en amar a Jesús al margen de la Iglesia, en amar a Jesús sin amar a la Iglesia (cf. *ibid.*, 16). Sentid la responsabilidad que tenéis de cuidar la formación de vuestros Institutos en la sana doctrina de la Iglesia, según el amor a la Iglesia y el espíritu eclesial.

En definitiva, centralidad de Cristo y de su Evangelio, autoridad como servicio de amor, «sentir» en y con la Madre Iglesia: tres indicaciones que deseo dejaros, a las cuales uno una vez más mi gratitud por vuestra obra no siempre fácil. ¿Qué sería la Iglesia sin vosotras? Le faltaría la maternidad, el afecto, la ternura, la intuición de madre.

Queridas hermanas, estad seguras que os sigo con afecto. Rezo por vosotras, pero también vosotras rezad por mí. Saludad a vuestras comunidades de mi parte, sobre todo a las hermanas enfermas y a las jóvenes. A todas dirijo mi aliento a seguir con *parresia* y con alegría el Evangelio de Cristo. Sed alegres, porque es bello seguir a Jesús, es bello llegar a ser icono viviente de la Virgen y de nuestra Santa Madre la Iglesia jerárquica. Gracias.